



SS

**SERVICIO
SECRETO**

SILVER KANE
**DEVUELVANME
MI ATAUD**

SILVER KANE

Devuélvanme mi ataúd

1.^a EDICIÓN
ENERO - 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

382. — Pueblo negro. 412 — Oro rojo.

En Colección BUFALO:

111. — La ruta de los demonios.

En Colección. S. SECRETO:

281. — Piedad para sus almas.

En Colección PANTERA:

12. — Diligencia al infierno.

Todos los personajes y situaciones de esta novela son ficticios, y cualquier parecido con hechos acaecidos en la vida real, será pura coincidencia.

Asimismo, el autor se cree en la obligación de declarar solemnemente que no ha conocido a Isaias Putoken y que jamás se ha dedicado, hasta ahora, a la fabricación de ataúdes.

CALEFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición.

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona



DEVUELVANNE

mi ataud

por SILVER KANE

CAPÍTULO PRIMERO

ES RUBIA Y SE LLAMA RUTH...

El piano, en la lejanía, seguía sonando. Era una música agradable, suave y tan sosegada como los latidos de un corazón sano. A intervalos se hacía enérgica y trepidante, pero tan sólo durante irnos compases. En seguida volvía a ser suave y lánguida como una caricia que no se sabe dónde va a terminar.

Henry escuchaba la música. Era incapaz de trabajar y escuchaba aquellos compases. Pensaba que le hubiera gustado saber quién era la mujer que los tocaba —porque tenía que ser una mujer—, estar a su lado y besarla muy suavemente en las mejillas o en la nuca. Pero era estúpido emplear el tiempo en deseos tan lejanos.

Se levantó y cerró la ventana. Desde que en el respetable y viejo edificio que un día ocupara por entero el «News Times» se empezaron a alquilar departamentos, ocurrían con frecuencia cosas así. Uno estaba en la Redacción y oía, sin querer, decir al cajero de la oficina de enfrente que cualquier día iba a largarse con los fondos y con la hija del dueño. O escuchaba los lunes a los empleados de una agencia de transportes de la planta baja, que eran unas mulas, discutir sobre los partidos de

«base-ball»

hasta que les escocía la garganta. En compensación, la modelo de una corsetería les sonreía a veces desde la ventana de enfrente, pero no en traje profesional, claro. Y ahora el piano. En cualquiera de los despachos de arriba debía haberse instalado una melómana o quién sabe si una poetisa. Que Dios les guardase de ella.

Henry se sentó otra vez. El piano se oía apenas como un lejano

murmullo. Y aunque la pianista fuese joven y guapa, pensó por fin, mejor estaría a dos millas de distancia. Porque su música venía a ser como una especie de himno funeral del periódico.

En efecto, un viejo rotativo como el «News Times» no se había puesto a alquilar despachos en su edificio porque eso fuera elegante o porque estuviese de moda, sino porque en el último semestre los notarios le habían protestado ya nada menos que cinco letras. Con el alquiler de los despachos su economía se había restablecido un poco, pues el edificio era céntrico y podían cobrar alquileres elevados, pero el espacio para el periódico se había ido reduciendo al mínimo. En un mismo sótano se mezclaban los archivos y las linotipias, y en el laboratorio fotográfico se guardaba la colección encuadrada del periódico. Los redactores disponían de una sola habitación, no muy amplia, aunque, claro está, su número había ido disminuyendo en proporción a las reducciones de espacio.

Henry sabía que él no estaba muy seguro en su puesto. Y los empleos iban escasos otra vez, por lo que sí daba el salto desde el «News Times», nadie, ni él, sabía concretamente dónde podía ir a caer.

Y en esta tarde gris y un poco lluviosa de sábado aquella música era como un canto de desesperanza. Nada faltaba para que estas horas fuesen tristes. Trabajo aburrido, cartas desconsoladoras sobre la mesa... y para que no faltase nada la modelo de enfrente, quien había indicado por señas que, al fin, iba a enseñarles puesto un corsé último modelo, debía de encontrarse enferma.

Henry terminó su artículo sobre la influencia que la guerra fría podía tener sobre el alza o la baja de los valores en Wall Street. El tema no era malo, pero se había escrito tanto últimamente sobre lo mismo que uno ya no encontraba una sola idea nueva. Luego, contestó tres cartas que se quejaban de deficiencias en el periódico y atribuyó la culpa a la prosperidad creciente de la Empresa, que les impedía atender a los pequeños detalles como fuera menester.

Y después el amo le llamó con un timbrado desde su despacho.

El amo se llamaba William Cox, era dueño de una mesa de nogal y una estantería al gusto europeo para libros, de diez conjuntos de traje, zapatos y sombrero, un «Ford» modelo 1960 y una incontable cantidad de pagarés y deudas. Pero eso le bastaba para ser amo de los que tenían las deudas y no tenían en cambio los zapatos ni el

«Ford». De vez en cuando, si un redactor se desmandaba, solía recordárselo.

Henry entró en el despacho y se sentó en el sillón colocado al otro lado de la mesa. Sabía que, al fin, le había llegado su turno, y pensaba que cuanto menos durase aquello mejor.

—Henry... —comenzó lentamente el amo.

—Dígame, señor Cox.

—Henry, estoy arruinado...

«Va a despedirme sin pagarme siquiera este mes —pensó—. Todo esto son triquiñuelas».

Pero William Cox, que contaría unos cincuenta años, estaba viejo y tierno aquella tarde.

—Querido Henry... —silbó.

Evidentemente, la cosa se complicaba. Tal vez le prometería volverlo a admitir si el periódico se recuperaba o si lograba asociarse con otro rotativo más poderoso. Tal vez le invitaría a cenar a su casa aquella noche. Quién sabe. Pero de un modo u otro parecía que despedirlo resultaba extremadamente penoso para Cox.

Y a Henry, que no tenía dónde caerse muerto, le dio lástima el viejo.

—No tema, no iré a quejarme al sindicato —musitó.

William Cox dio un puñetazo sobre la mesa e hizo saltar un pisapapeles de porcelana que representaba el Comercio. Henry se apresuró a sujetarlo para que no cayera, por si estaba sin pagar también.

—¿Quién habla de sindicatos ni de cuestiones sindicales? ¡A veces pienso que no es usted más que una mentalidad infantil, Henry Wore!

El joven apoyó ambas manos sobre la mesa, repentinamente interesado.

—Por consiguiente..., ¿no va usted a prescindir de mis servicios?

Cox volvió a dar un puñetazo sobre la mesa y Henry Wore volvió a sujetar ávidamente la figurilla del Comercio.

—¡No he hablado de despedirle, Wore! ¡Por el contrario, no me equivoco si le digo que sus servicios empiezan precisamente ahora!

—¿Ahora?

William Cox se apoyó en el respaldo de su sillón. Era un hombre fatigado, nervioso, que padecía las consecuencias de una

desorbitada presión arterial. De vez en cuando hacía esfuerzos por dominarse y eso se notaba porque cerraba los ojos y permanecía quieto, con las manos unidas, durante casi un minuto. Ahora hizo uno de esos esfuerzos.

—Querido Wore, no es que esté descontento de usted. Tiene una gran agilidad de pensamiento, escribe muy bien y sabe aderezar la noticia para que sea efectivamente algo notificable. A sus años tendría usted un gran porvenir como reportero... en un periódico que no fuese el mío. Pero es que además de esas virtudes profesionales, que no son aún completas, tiene usted otras virtudes que creo sí lo son. Me refiero a sus cualidades físicas. Es usted alto, ancho de espaldas, guapo...

Henry empezó a asustarse.

—¿Y qué... qué tiene que ver eso, señor?

—No es que sea usted un tipo que haga caer a las mujeres por la calle —dijo Cox, haciendo marcha atrás—, pero tiene sus atractivos. Y es eso precisamente lo que yo quiero utilizar.

Henry, comprendiendo cada vez menos aquello, tragó saliva lentamente. Y se dijo que un buen trago de ginebra le sentaría bien.

—Sí, soy un tipo imponente —aceptó—. Tengo una cara agradable y unas espaldas de cinemascope. ¿Y qué?

—Yo tengo una hija —suspiró William Cox.

—¿Y..., y cree que si yo me caso con ella va a resultar favorecido en algo el diario?

El amo levantó el puño otra vez y Henry, de un rápido movimiento, retiró la figurilla de porcelana. Pero esta vez William Cox se serenó a tiempo.

—Sigo pensando que es usted un tipo elemental y primitivo, Wore. Mi hija es rubia y se llama Ruth.

—Nunca me había hablado usted de ella —susurró Henry, tratando de ganar tiempo para ordenar sus pensamientos.

—Es que mi hija y yo... no nos llevamos bien. No hablo de esto con nadie, pero mi esposa y yo, pese a no haber querido divorciamos para evitar el escándalo, vivimos separados desde hace mucho tiempo. Mi esposa es muy bella, aún a su edad, pero liviana y derrochadora como ninguna otra mujer. Gran parte de las cargas que hoy pesan sobre el edificio del periódico y su maquinaria se iniciaron en la época de nuestra vida común. Ruth salió a ella. Sabe

jugar al tenis muy bien, nada y salta del trampolín admirablemente, baila como una profesional y es bellísima, pero no tiene nada en la cabeza.

Suspiró.

—Como una muestra viva de la época desquiciada en que nos movemos, para Ruth todo han sido éxitos. No quiso trabajar conmigo porque me culpaba de las desavenencias conyugales, y se fue a California. Allí trabajó como extra y luego como estrella de un festival acuático. Compró y vendió acciones y empezó a manejar sumas considerables. Cuando le faltaba dinero trabajaba como anuncio para las casas publicitarias. Usted ya sabe lo que son esas cosas... —Cox palideció—. Mi hija llegó a posar para anuncios de ropa interior.

A Henry Wore se le abrieron los ojos y no se le ocurrió decir nada mejor que:

—Muy interesante, muy interés...

Cox le dirigió una mirada furibunda, y el joven no se atrevió a continuar.

—Basta de sandeces, Wore. A ratos pienso que no es usted el mejor hombre que podía haber elegido. Pero no tengo otro... En fin, a raíz de eso mi hija y yo rompimos las relaciones por completo. Ciertamente que en las fotografías siempre aparecía con la cara tapada por algún caprichoso sombrero, de tal modo que en los círculos publicitarios se la llamaba «La Dama Desconocida», pero para mí no tuvo disculpa. Así han transcurrido dos años, y ahora me entero por un periódico de Los Ángeles de que mi hija viene a Nueva York a contraer matrimonio con el productor Robert Haley, que como todos sabemos es inmensamente rico. —Hizo una pausa y cambió ligeramente de tema—. Como todos sabemos también, el periódico está haciendo aguas por quinientos sitios, pero tengo esperanzas firme de sostenerlo y salvarlo si alguien le inyecta dinero.

—¿Su hija? —preguntó Henry, comenzando a comprender al fin.

—¡Humm! Sí. Me interesa sobremanera tener una conversación con ella... a efectos financieros exclusivamente. Pero si ahora me presento en el Waldorf se negará a recibirme. Usted, en cambio, puede hacerle una interviú en nombre del periódico. No dirá que no a eso. Y le gratificaré si consigue plantearle las cosas de modo que se interese por una inversión en el «News Times» y me reciba con

este objeto, sola o en compañía de su prometido, que es en realidad mi más sólida esperanza. Como comprenderá no podía enviar para una cosa así a Matías Roche, el cajero, que aún usa manguitos, ni a Warren, el redactor jefe, cuya boca apesta a tabaco a un tiro de fusil de distancia. Hace falta un hombre por el que una mujer se pueda sentir interesada, siquiera superficialmente. Ya me entiende: para las estrellas y las modistas enviamos gente joven. Hacen la interviú más agradable y la plantean en un clima mucho más convincente. Usted debe hacerlo así. La forma de plantear el asunto lo dejo a su discreción, según se desarrolle la entrevista. Y piense que de la supervivencia del diario dependemos yo... y usted.

Abrió el cajón central de su mesa y extrajo un fajo de billetes que contó como si estuviese acariciando a sus hijos.

—Le daré doscientos dólares para gastos.

—No creo necesitarlos, si sólo se trata de ir al «Astoria».

—Es que mi hija no ha llegado aún. Hace el viaje en avión hasta Chicago, donde tiene que conocer a sus futuros suegros. Desde allí tomará el expreso hasta Nueva York. Conviene que usted vaya a Chicago, la aborde allí y haga el viaje de regreso con ella. Eso establecerá una cierta camaradería entre los dos y hará más fácil su trabajo.

—Buena idea —aceptó Wore—. A una persona no se le puede decir que arriesgue su dinero en el «News Times» así como así.

Cox apretó las mandíbulas.

—Saldrá usted esta misma noche. No tome el avión, sino el tren que es más barato. Hospédese en un hotel de segunda categoría en cuando llegue a Chicago y haga las reglamentarias indagaciones por los hoteles de lujo. Ruth se hospedarán en el Hilton, probablemente. Tenga cuidado no le echen a usted un hueso, al verle entrar...

Ahora fue Henry el que apretó las mandíbulas.

—Tengo otro traje en casa.

—Pues úselo. Y ahora, querido Wore, mucha suerte y buenas noches. Prometo no despedirle jamás si usted consigue dinero fresco para el periódico. Y ahora corra, porque si no llega a Chicago a tiempo le denunciaré ante el Congreso por actividades antiamericanas, o algo así. Y luego enviaré su fotografía a los admiradores de Mac Carthy para que le muerdan.

Cox se puso en pie y estrechó la mano a Wore. Éste aceptó el

saludo e instantes después salía del despacho. Casi a la puerta le aguardaba el cronista de sociedad.

—Oye, Henry, tienes que prestarme dinero.

—¿Qué te ocurre?

—Tengo que ir a la fiesta de los Madison para hacer un reportaje. Creo que el perro de su hija Fifi ha ganado un concurso, o algo por el estilo. Ya sabes, la gente se pirra por las cosas ésas. Pero resulta que no puedo asistir porque he empeñado el «smoking».

Henry sacó cincuenta dólares de los doscientos que le había dado el jefe y se los tendió a su amigo. Ya reduciría gastos luego. Puede que en el «Hilton», en efecto, le echasen un hueso al verle entrar, en cuyo caso lo aceptaría.

—Me los devolverás la semana que viene o te estrangularé con una sábana.

—Puedes estar seguro, Henry. Te los devolveré, lo juro. Aunque tenga que empeñar el «smoking» de nuevo, te los devolveré.

Henry se alejó imitando una mueca que había visto hacer a Robert Mitchum en su última película.

—De todos modos, no sé si cobraré —se dijo—. A la gente las muecas no les asustan ahora.

Se sentó ante su mesa, llamó al archivo y pidió que le subieran todo lo que hubiese sobre una modelo de publicidad llamada «la Dama Desconocida». Resultó que en el archivo no tenían nada, pero el ayudante del archivero, un tipo de veintiún años, delgado, y suscriptor del «Ladie's Magazine» tenía una colección secreta de fotografías de la dama. Le dijo que las tenía archivadas entre los recortes de política internacional, y que se las subiría si le prometía guardar el secreto y darle un dólar.

Se las subió por cincuenta centavos.

Bueno, aquello valía una montaña de dólares. Resultó que «la Dama Desconocida» había anunciado media docena de inventos diabólicos. Resultó también que tenía una figura como para cambiarla por la licencia militar. Y resultó que Henry Wore empezó a marearse y a pensar que quién diablos se iba a acordar de dinero en cuanto estuviese frente a aquel portento.

Mirando los recortes estuvo al menos media hora.

Cuando el de los archivos telefoneó diciendo que iba a subirle la tarifa, dejó de observarlos.

Miró entonces hacia la ventana de su derecha y, en la correspondiente ventana del otro lado del patio, vio a la modelo que se ponía sobre el corsé, con gesto de enojo, una bata, irritada sin duda por la poca atención que le había prestado hasta entonces.

Pero Henry Wore estaba tan obsesionado por los recortes del archivo que ni siquiera se dio cuenta de que al otro lado del patio había una figura real. Sólo cuando una hora más tarde tomaba el tren para Chicago se dio cuenta de que había visto una modelo corpórea y otra fotografiada al recordar que la corpórea le había mostrado los puños, se había puesto el dedo índice sobre la sien y le había sacado la lengua.

CAPÍTULO II

EL FABRICANTE DE ATAÚDES

Chicago es una ciudad que huele a matadero desde cien millas de distancia. Hay tipo con cara de vaca que no se atreve a entrar en ella porque teme ser confundido y acabar de un mazazo en el occipucio. Si en la campaña electoral, el Presidente no se hubiera dignado visitar Chicago, es más que probable que la oposición habría aprovechado el hecho para hacer el chistecito a su costa. Pero el Presidente fue sin temor a los mataderos y pronunció un hermoso discurso. De esto ya hacía años. De todos modos, la oposición aprovechó el hecho para decir que había visitado la ciudad en domingo, cuando los mataderos estaban cerrados. Y es que el cargo de Presidente de los Estados Unidos es de los menos agradables que existen sobre la Tierra.

Henry pensaba en esto y en que él nunca llegaría a sentir tan altas inquietudes, mientras su tren se deslizaba raudo por el maremágnum de rieles de la estación terminal de Chicago.

Bajó y no pidió siquiera un taxi. A pie, bajo una lluvia fina e impalpable, fue a un hotel de segundo orden que ya conocía, y cuya dueña le había ofrecido perdonarle la deuda dos años atrás, cuando Henry era aún más pobre que ahora. Pero él, siempre digno como un guerrero espartano, no aceptó.

Y ahora iba a ese hotel no con la esperanza de no pagar nada, sino para que le hiciesen alguna pequeña rebaja.

Pero resultó que la dueña se había casado con un húngaro que tocaba el arpa, y ahora miró a Henry con una cara la mar de extraña. De todos modos, le dio una habitación decente y le dijo

que le cobraría un precio justo.

Acto seguido, Henry se metió en cama y durmió hasta bien entrada la tarde. Luego se aseó, se vistió y puso manos a la obra en las indagaciones «reglamentarias» de que le había hablado Cox.

Éstas tenían ese nombre porque eran de lo más indispensable y de lo más rutinario. Consistieron para Henry en telefonar al Hilton y a todos los hoteles de lujo de Chicago preguntando si una tal Ruth Cox, de veinticinco años y probablemente rubia, había aparecido por allí. Pero, en contra de lo que esperaba, nadie le dio la menor referencia de la muchacha. O el viejo William estaba equivocado o a su angelical hija se le había ocurrido cambiar el rumbo de su viaje.

Lo que extrañó realmente a Henry Wore fue que Ruth no hubiera hecho reservar habitaciones a su nombre. En una mujer acostumbrada a viajar y a quien sin duda le gustaría ser bien atendida, esto resultaba verdaderamente extraño.

Fue entonces personalmente a los hoteles y empleó toda clase de medios de persuasión, pero sin obtener nada en limpio. Entonces miró en la guía la dirección de los Haley, padres del prometido de Ruth, por si ella había decidido alojarse allí. Telefonó:

—Soy un amigo de la casa. ¿Ha llegado ya la futura Mrs. Haley?

—¡Váyase al cuerno! —le respondieron.

Luego se enteró por un colega de Chicago de que los Haley estaban cargados de deudas, que las producciones del hijo, Robert, no se proyectaban en ningún cine de la Unión y que, por fin, la orgullosa familia había sido desahuciada del edificio de treinta y seis habitaciones que ocupara hasta entonces. Seguramente el que había contestado a Henry era un mastodonte de los de carga y descarga de muebles.

Con tan consoladoras noticias, Henry puso una conferencia a Nueva York y habló con su patrón William Cox, el de las sólidas esperanzas.

—Nada, ni rastro —declaró—. Y en cuanto a la fortuna de los Haley, pura filfa.

Cox empezó a lanzar bramidos a través del cable.

—Sé lo que me digo, Wore. Sobre los Haley no tenía informes de primera mano, pero lo que se refiere a mi hija lo conozco tan bien como la lista de mis acreedores. Consiga usted resultados,

¡resultados!, o no vuelva.

Henry prometió que volvería, como Mac Arthur, y se retiró dignamente del teléfono igual que el que acaba de perder con honra una batalla.

Para hacer tiempo se sentó en un café y empezó a leer un periódico nuevo, de escasa tirada, llamado «The Wolf», y el cual se dedicaba exclusivamente a temas de espionaje. Pretendía atraer a los lectores convenciéndoles de que más de trescientos mil espías amenazaban la seguridad del Ejército, la Flota Aérea, la Armada y el Cuerpo Auxiliar Femenino de los Estados Unidos. Los lectores debían pensar que para amenazar la seguridad del Cuerpo Femenino no hacía falta ser espía.

Pero entre su hojarasca publicaba cosas buenas, originales de hombres a quienes preocupaba sinceramente aquel problema. Especialmente la difusión de las drogas entre la juventud y el robo de secretos atómicos que sólo lo eran durante veinticuatro horas, porque al día siguiente de ser descubiertos ya estaban en poder de cualquier posible enemigo. Las ciudades más secretas, los archivos mejor custodiados se ablandaban como mantequilla cuando empezaban a trabajar los espías.

Y los comentaristas sensatos aseguraban que de ello no podían ser responsables directos los rusos, aunque ellos adquiriesen con el mayor interés las informaciones. Todos los agentes soviéticos y todo el personal comunista dentro de las fronteras era lo bastante conocido para no temer grandes cosas de él. El peligro radicaba en las bandas de espías profesionales, grupos perfectamente organizados y que no servían al menor ideal, siendo precisamente por ello imposible el tenerlos clasificados. Ciudadanos yanquis que se venderían a Satanás si éste pagase en buena moneda. Henry leyó todo esto y logró olvidarse de sus propios problemas. Pero luego recordó a Cox y la ginebra que había tomado le supo amarga. Dio otra vuelta por los hoteles, especialmente por el Hilton, en cuya barra gastó bastante dinero con la excusa de sonsacar a una morena sensacional que, por diabólica astucia de los empresarios, servía los combinados. No consiguió nada salvo una inconcreta promesa de que tal vez podrían salir juntos al día siguiente, y que entonces ella le diría algo.

Henry Wore no bebía casi nunca, y por eso tenía poca

resistencia. Los combinados le marearon al principio y luego le hicieron sentirse inauditamente feliz. Pensó que, al fin, lo de la hija de su jefe no era tan importante, y que si el «News Times» se iba al diablo tanto mejor. Estaba en Chicago, era domingo y tenía... bueno, sí, sí, aún le quedaban unos cincuenta dólares en sus bolsillos. Puso otra conferencia al jefe.

—Le he llamado a su domicilio particular suponiendo que no estaría en el periódico. Oiga, jefe: de esa chica que usted dice que es su hija, ni rastro.

—¡Tiene que estar en la ciudad! ¡Búsquela por todas partes! ¿No se le ha ocurrido pensar, recluta, que el mejor sitio, cuando los hoteles fallan, son las estaciones?

Henry dijo que no, que no se le había ocurrido pensarlo.

—Aquel general yanqui que al entrar en Roma y ver las ruinas del Capitolio dijo que qué bien habían trabajado los bombarderos, era más inteligente que usted, Wore. ¡Revise los ferrocarriles y encuentre a mi hija o le paso por la rotativa como vuelva a presentarse por aquí!

Desalentado, Henry emprendió de nuevo sus pesquisas. Era ya de noche y se había puesto a lloviznar otra vez.

Miró en varias agencias de viajes, que estaban abiertas. Ninguna señorita Cox había encargado un billete para Nueva York. Fue a la estación y se sentó en un banco, mirando a la gente igual que un provinciano.

Henry Wore, sin embargo, tenía más sentido de la vida y más experiencia en situaciones difíciles que cualquier otro reportero de su diario. Fue comando, paracaidista y hombre rana, las tres cosas ideales para que le dejasen a uno sin piel. Supo, durante la guerra de Corea cuando sólo era un chiquillo, lo que era el miedo, la alegría y el dolor. Pero no supo lo qué era quedarse sin blanca. Eso lo aprendió después.

Había abundancia de empleos, pero no en los rotativos. Los corresponsales de guerra habían aupado con los mejores puestos y ahora sólo quedaban vacantes las plazas de chico para recados. Pero Wore sentía la vocación de la Prensa desde su niñez, y no se desalentó. Ansiaba trabajar en un periódico independiente, donde pudiera decirse la verdad. El «News Times», en cierto modo, lo era. Y aunque no se ganaba gran cosa, Henry se quedó en él. Llevaba

tres años así.

Sentado en el húmedo banco de la estación, encendió un cigarrillo y se puso a mirar pensativamente las volutas que se perdían en el espacio gris-negro. Tres años habían bastado para transformarle en un as indiscutible dentro de su profesión. Pero para triunfar en las cosas no sólo se necesitaba tener cualidades, sino suerte, y él no la tenía. Publicando artículos en algunas revistas y ensayos en volúmenes de divulgación había conseguido un nombre que le ponía a cubierto de apuros en el caso de que el viejo patrón le despidiese. Pero hubiera lamentado que ello sucediese porque para él, en su vida profesional, significaría un fracaso. Alguien había pensado que podía seguir haciendo su diario sin él. Y para el pequeño orgullo de Henry Wore, quien ponía el mejor entusiasmo en superarse cada día en su labor, eso sería como una bofetada.

De todos modos, la misión encomendada se salía de lo periodístico para transformarse en algo propio de un agente de investigaciones. Si el viejo quería encontrar a su hija, ¿por qué no contrataba los servicios de un detective? ¿Por qué no colocaba en las esquinas los anuncios de ropa interior e invitaba a los transeúntes a buscar a la modelo?

Sintió frío, un pegajoso e insoportable frío, y se fue al bar. Desde allí divisaba lateralmente las grandes entradas. Pidió coñac y se puso a beber. Se puso a beber como un burro. Era coñac español del que resucita a los muertos. Otra vez empezó a mirar las cosas con alegría y a pensar que la vida era bella. Pero de la rubia ni rastro. Aquel coñac podría resucitar a un muerto, pero no ponerle ante los ojos de una desaparecida.

Aburrido, fue a la pensión y pagó. Aquella noche ya sólo quedaba un tren para Nueva York y no quería perderlo. Que se fuera al diablo el jefe y que dijera al verle lo primero que se le pusiese en boca.

Henry iba optimista, a pesar de todo, y silbando una cancioncilla. Pero al meterse las manos en los bolsillos se puso lívido.

Sólo le quedaban cinco dólares.

Había bebido en varios lugares, comprado periódicos, pagado la pensión... y todo ello sin contar el dinero. Los cincuenta dólares

prestados al cronista de sociedad le desequilibraban por completo. Ahora no tenía dinero no ya para llegar a Nueva York, sino ni siquiera para llegar siete pueblos más allá de Chicago a pasar el resto de la noche.

Abrumado, Henry echó a andar sin darse cuenta de por dónde se metía. Caminó lentamente por calles estrechas y solitarias, sobre cuyo brillante asfalto goteaba la lluvia. Los relámpagos se movían entre las nubes bajas y rojizas y le saludaban con sus resplandores. Todo estaba silencioso a su alrededor. Todo quieto, dormido, un poco siniestro tal vez, con esa especie de muda amenaza que late en las grandes ciudades cuando sus calles quedan desiertas.

Y fue entonces cuando Henry Wore vio aquello.

«Aquello». Un hombre que caminaba lentamente con un ataúd a cuestas.

Bueno, uno no puede pensar que, en una ciudad próspera como Chicago, haya gente tan pobre que tenga que llevarse a sus muertos sobre los hombros, durante la noche. Y pasada la Ley Seca, tampoco era probable que aquel individuo se dedicase a transportar en un ataúd contrabando de alcohol. En aquella escena había algo que conmovía y trastornaba el cerebro más templado, incluso el de un tipo como Henry Wore.

Se acercó al individuo y le cortó discretamente el paso. La luz de los faroles y la de los relámpagos le permitieron observarle bien. Era un tipo de unos cincuenta años y facciones finas, pulcras, de artista. Tenía los cabellos blancos y unos ojos profundos como los de Boris Karloff, pero indudablemente hermosos. Unos ojos tan hermosos que daban miedo. Por contraste, entre sus labios delgadísimos sobresalían dos dientes amarillos. Llevaba una corbata pulcramente anudada y un traje negro.

En cuanto a lo que llevaba sobre sus hombros estaba cuidadosamente envuelto en una tela impermeable. Pero era un ataúd, no cabía duda, porque esas tétricas cajas, además de ser inconfundibles se presienten. Es como si emitieran ondas de radar a distancia.

Henry separó las piernas y se plantó ante el individuo. El otro no pareció sorprenderse demasiado por ello.

—Usted no me conoce, claro —susurró.

Y depositó su carga blandamente en el suelo, con un cuidado

exquisito. Henry no supo qué decir y le tendió un cigarrillo. En realidad, no sabía siquiera por qué le había hecho pararse. Tal vez porque nunca le había ocurrido nada igual.

—No, no le conozco —contestó.

—Lo comprendo. Hace dos años me ocurrió algo parecido. Llevaba yo un «Patoken» encima de mis —hombros cuando un individuo me paró. Pero aquél estaba asustado. Creía que se trataba de algún aviso del Destino, y se puso lívido. Veo que usted no lo está.

Henry ofreció fuego a su interlocutor y luego encendió su cigarrillo.

—En realidad yo no quería pararle. Me he detenido con sorpresa al verle pasar. Es usted el que se ha quedado quieto junto a mí.

El del ataúd estaba pálido. Parecía no sentirse bien.

—Me gusta hablar con la gente. Mi trabajo es tan solitario...

—¿Su trabajo? ¿Quién es usted en realidad? ¿Qué es un «Patoken»?

—¿Es posible que no haya oído hablar de ello? Isaías Patoken soy yo, y mi firma está muy reputada en toda la costa del Atlántico. Un «Patoken» es un ataúd labrado por mis manos, una pieza maestra digna de llevar mi nombre, como algunos violines. Pero en este caso con mayor razón porque un ataúd es una cosa infinitamente más importante. Yo soy fabricante de ataúdes. El único fabricante de ataúdes independiente que hay en Chicago, y el mejor pagado de los Estados Unidos.

El hombre hablaba con naturalidad, sin la menor afectación, e incluso con un leve deje de aburrimiento. Daba la sensación de que estaba a la vez enormemente orgulloso y enormemente cansado de su oficio.

—Yo creí que las empresas de pompas fúnebres se preocupaban de...

—No me hable usted de esas compañías mercantiles que trafican con el decoro de los muertos. Las empresas fúnebres norteamericanas son una de las vergüenzas del país. ¿No ha visto usted nunca uno de esos ataúdes pintados con los colores del arco iris, para que resulten alegres? ¡Como si pudiera exigirse alegría a un ataúd! Lo que debe pedirse es que sea serio, solemne y valioso, digno en fin de ser nuestra habitación postrera. —Se interrumpió

levemente—. Yo labro en maderas finas magníficos ataúdes para gente rica. Empleo sólo para mi trabajo unas cuantas navajitas de diferentes tamaños, Y en los relieves de la madera está impresa toda la biografía del extinto, los nombres de los seres más queridos o algunos piadosos pensamientos. Créame que hay quien me encarga su ataúd cuando apenas ha cumplido los cincuenta años. Costumbre que los americanos debiéramos imitar de los supercivilizados chinos, en lugar de discutir si conviene o no que ingresen en la ONU, Bien, nunca estoy menos de seis meses para terminar una pieza de éstas. Y la que llevo encima es mi obra maestra. Es el mejor «Patoken» que ha salido de mis manos jamás. —Se interrumpió otra vez, para añadir tristemente—: Lo están esperando con mucha urgencia, porque la persona que me lo encargó se encuentra grave.

Henry creía estar viviendo un sueño. Al principio creyó incluso que el alcohol le hacía ver visiones, pues todo aquello era demasiado extraño para creer que uno lo estaba viviendo realmente. Y, sin embargo, era espantosamente lógico, pues nada prohíbe a un artífice dedicarse a tallar ataúdes en lugar de tallar sillas. Después de una breve, pero intensa cavilación, Henry llegó a la conclusión de que lo único que daba a todo aquello la apariencia de algo sobrenatural era que Isaías Patoken llevase el ataúd sobre los hombros.

Eso era en realidad lo único que podía mantener despierta su extrañeza.

—Si usted trabaja para gente rica, debe de cobrar bastante por sus... por sus trabajos. Y si sus ingresos son elevados, ¿cómo se explica que tenga que llevar un ataúd sobre sus propios hombros?

Isaías Patoken hizo un gesto de conmiseración hacia sí mismo.

—No puedo encargar el transporte de mis creaciones a cualquier agencia que las maltrate. Debe saber que soy yo personalmente quien entrega el ataúd al cliente, viva donde viva. Para transportarlo hasta la estación dispongo de los servicios de Louwett, mi ayudante, que es mudo y conduce un triciclo cubierto. Pero hace una semana que está gravemente enfermo y yo no poseo permiso de conducción para el triciclo. ¡Pobre Louwett! En premio a sus años de servicios, le he prometido construirle un ataúd.

Dio una nerviosa chupada a su cigarrillo, sin hacer caso del

gesto de asombro de Henry, y continuó:

—Mire, todo el barrio me conoce. Los policías, los repartidores, los vecinos, no se van a sorprender si me ven cargando un ataúd cuidadosamente envuelto. La estación está apenas a doscientas yardas de mi establecimiento. Y yo he dicho: «Isaías, si esperas más tiempo puede que tu cliente ya no necesite el ataúd». De modo que he decidido cargarlo yo mismo y llevarlo a Nueva York esta noche, en el último tren. Pero...

Hizo un dubitativo gesto con la cabeza. Henry se acercó más a él.

—¿Qué le ocurre?

—No me encuentro bien. No sé si voy a poder resistir el viaje.

Fijándose mejor en sus ojos, uno advertía que brillaban. No era difícil suponer que aquel hombre tenía fiebre. Y caminar con aquella carga bajo una noche lluviosa no era precisamente el mejor de los remedios. Henry Wore lo comprendió así.

—Lo siento. ¿Puedo hacer algo por usted? En cierto modo estoy en deuda porque, involuntariamente, le he hecho detenerse. Y porque hasta que me ha explicado sus actividades todo esto me ha venido pareciendo una especie de sueño. Ahora todo me parece lógico y perfectamente razonable.

No le dijo que contribuía a dar sensación de sueño el que el alcohol le hiciera ver todo como a través de una tenue neblina.

—Estoy enfermo... —gimió Isaías—. Creo que bastante enfermo...

Se miraron los dos a los ojos. Y...

—¿Oiga, no podría yo...?

—¿Oiga, no podría usted...?

Lo dijeron los dos al unísono, sin escuchar uno al otro. Luego se quedaron mudos.

Henry Wore fue el primero en recobrar el aplomo y hacerse cargo de la situación.

—Mire, tengo que ir a Nueva York me guste o no me guste, y no dispongo de dinero para el viaje. Si usted me paga mi billete yo le vigilo, hasta llegar a su destino, este armatoste.

—Precisamente eso iba a proponerle, aunque, claro, no sabía que además usted pensaba ir a Nueva York. Eso es miel sobre hojuelas. No tengo asegurados mis ataúdes, ¿sabe?, y si alguno se

perdiera o estropeará quedarían anulados seis meses de mi más laborioso trabajo. Por eso los vigilo tanto. Enséñeme sus documentos, y una vez esté seguro de quién es usted, fírmeme en esta hoja de papel que ha recibido para entregarlo a su destino un «Patoken» valorado en seis mil dólares.

Henry mostró sus documentos y el otro los consultó. Le parecieron bien. Luego escribió la hoja y la firmó, silbando al poner lo de los seis mil dólares.

—Cada día cuesta más caro morirse...

Un policía se acercó parsimoniosamente y se detuvo al llegar a su altura.

—Hola, Patoken. ¿Para quién es éste? ¿Para el Presidente de los Estados Unidos? ¡Ah, oiga, yo le encargaría uno gustosamente si fuese para mi suegra!

—Estoy, enfermo... —rezó Patoken—. Tanto que este amigo se va a encargar de llevar el ataúd hasta Nueva York. Yo no podría.

Ya que el agente estaba allí, a Henry Wore le pareció muy oportuno hacer algo que de todas maneras hubiese hecho.

—Usted ha revisado mis documentos, Mr. Patoken, y en justa compensación va a permitirme que yo revise su ataúd. Necesito convencerme de que está vacío.

—¡Claro, amigo, revíselo! En mi negocio yo sólo pongo el ataúd. Si pusiese también el cadáver el precio de costo me resultaría demasiado alto.

Henry arrimó el armatoste a la pared, para que no se mojase al descubrirlo, y levantó la tela impermeable. Desde luego tuvo que reconocer que aquel ataúd era una pieza maestra. La madera fina de la tapa estaba labrada con tal arte que daba gloria mirarla. Uno llegaba a pensar que aquello no era un ataúd, sino una bombonera. Pero como lo que le interesaba era el posible contenido, Henry levantó la tapa.

Nada. El ataúd estaba completamente vacío.

—Comprendo su recelo, amigo —sonrió el policía—, porque uno siempre cree que dentro de un ataúd ha de encontrar algún misterio. Pero tenga en cuenta que Isaías es muy conocido en la vecindad desde hace largos años. Su negocio, aunque no muy corriente, es de los más honrados.

Henry Wore dijo que sí, y que se avergonzaba de que su madre

le hubiese echado al mundo con aquella desconfianza.

En presencia del agente, Isaías le dio dinero suficiente para costearse un billete hasta Nueva York y el transporte del ataúd. Pero le dijo que necesariamente debería viajar en el furgón, porque no le admitirían la «carga» en otro sitio.

—Le conviene no perderlo de vista, porque sí sé extraviara el ataúd usted tendría que pagarme seis mil dólares —dijo.

Henry aseguró que lo mismo le importaba viajaren el furgón que en la perrera, y que lo único que quería era dormir un poco.

Se despidió, pues, de Isaías y del agente, cargó con el ataúd y se fue hacia la estación maldiciendo el «News Times», el periodismo en general y la Constitución de los Estados Unidos. Pero sobre todo maldiciendo a la rubia llamada Ruth, a la hija de su jefe.

Llegó a la estación con su original carga y se preocupó de la manera de embarcarla. Tuvo suerte porque en aquel tren no viajaba casi nadie. Había sido creado durante la guerra para uso casi exclusivo de los soldados que desearan apurar hasta la última hora su permiso en la ciudad antes de regresar al puerto de embarque. Y a pesar de ser antieconómico, el tren seguía funcionando. Por eso, entre el reducido número de viajeros, Henry no llamó demasiado la atención.

El furgón estaba vacío. Henry depositó el ataúd en el suelo, lo destapó, admiró otra vez los magníficos relieves de la madera y pensó que aquel trabajo bien valía seis mil dólares. Luego lo abrió otra vez, guiado por un supersticioso temor, para convencerse de que seguía vacío.

El tren que iba a Nueva York estaba en vía paralela a otro que iba hacia el Oeste Medio, o sea, en dirección contraria. Los anuncios luminosos indicaban que ambos trenes salían a la misma hora y que tenían el mismo número de unidades. El furgón del otro tren casi coincidía, pues, con el que iba a transportar a Henry Wore.

Una de las virtudes comerciales del alcohol es que cuando uno ha bebido un poco necesita beber más, y así Henry Wore sintió una sed vehemente a los cinco minutos de estar quieto en el vagón. Fue al bar, desde donde dominaba perfectamente las salidas, y pidió una copa de coñac. La saboreó poco a poco. Luego pidió un vaso de seltz, y ya calmada su sed regresó al furgón.

Se sentía más optimista y con cierta predisposición a pensar que

aquella era una aventura entretenida y que, al fin, encontrando aquella especie de trabajo aún había tenido suerte.

Pero al entrar en el furgón ya notó algo cambiado. Tan cambiado que al principio creyó que empezaba a ver doble gracias al coñac. Porque en el suelo del vagón no había un ataúd sino... ¡idos!

Henry se acarició la frente, respiró fuerte, recitó su nombre, el de sus padres y el del dueño de su periódico, para convencerse de que seguía en su sano juicio, y se abalanzó sobre la tapa del nuevo ataúd, levantándola.

Dentro había un hombre joven, rubio, de rostro aún armonioso, embalsamado sin duda.

Henry cerró la tapa. Bien pensado no tenía nada de extraordinario puesto que los vagones furgón sirven precisamente para estas cosas. Pero ya el diablo de la inquietud se había apoderado de él. Saltó sobre la tapa del «Patoken» y la levantó también. Dentro estaba el cadáver de una mujer, una mujer joven y rubia que hubiese apostado cien contra uno a que se llamaba Ruth.

CAPÍTULO III

LA BARCA DE CARONTE

Hay dos cosas que no gustan a ningún hombre: quedarse a vivir en casa de sus padres políticos y transportar ataúdes. Y si éstos están llenos muchísimo menos aún.

Henry Wore volvió a acariciarse la frente, abrumado, sintiendo como una especie de péndulo metálico oscilaba de un lado a otro de su cabeza.

Quiso tragar saliva y no pudo. Tenía la boca seca.

Maquinalmente miró su reloj. Faltaban tres minutos para que saliera el tren. Volvió a mirar el cadáver del joven y se dio cuenta de que no era reciente. Aparte haber sido embalsamado, ello se notaba por el aspecto de su piel. En cambio, la mujer había muerto no hacía ni siquiera dos horas. En la sien, muy bien Cubierto por los cabellos, tenía el orificio de entrada de una bala de arma corta que alguien le había limpiado cuidadosamente. Aquel orificio hacía pensar inmediatamente en un suicidio, pero, claro, tenía que comprobarse.

Henry trató de reflexionar. ¿Se había suicidado la mujer al saber que la familia Haley, la de su futuro esposo, estaba completamente arruinada? No le parecía muy lógico, pero cabía esa posibilidad. ¿Padecía alguna enfermedad incurable y muy dolorosa? A juzgar por su aspecto, no, pues aún dentro del ataúd tenía una apariencia saludable, si es que ese calificativo puede aplicarse a una muerta. Henry Wore comprendió que su cabeza iba a saltar si seguía pensando en todo aquello. Y, además, por todo y, sobre todo, quedaba la cuestión, de cómo aquellos cadáveres habían llegado

hasta allí.

Henry no tuvo tiempo de pensar demasiado. En aquel momento, en el umbral de la puerta, se recortó una figura.

No era un empleado de estación. Era un tipo joven, ancho de espaldas, bien vestido y con el sombrero calado hasta los ojos. Olía a polizone a cien leguas de distancia, pero por su modo de proceder no era fácil que lo fuese. Apenas vio a Henry se lanzó sobre él con la culata de su pistola levantada, dispuesto a abrirle el cráneo al primer golpe.

Henry iba desarmado. No pudo oponer, pues, a la brutalidad de su contrincante, más que su excepcional agilidad y sus dotes de luchador comando.

Logró sujetar el brazo armado de su enemigo antes de que la culata le aplastase el cráneo, se inclinó y volteó al hombre por encima de su cabeza igual que si fuese un fardo. Aquel tipo fue a dar con sus huesos contra la pared metálica y lanzó un gemido parecido al de un buey.

Seguía con la pistola en la mano, no obstante, y éste era el peligro. Pero no hizo ademán de ir a disparar, al menos inmediatamente. Se limitó a apuntarle.

—¡Quieto o...!

Pero Henry ya estaba lanzado. Le propinó un fulminante puntapié a la mano armada y la pistola rodó por el suelo cayendo fuera, mientras el agredido lanzaba otro gemido de buey. Henry perdió el equilibrio y se salvó de caer gracias a la pared de enfrente. Sus narices quedaron aplastadas. Se volvió al tiempo que su enemigo venía sobre él con el ímpetu de un bólido. El tren se puso en marcha en este momento. Traquetearon los vagones. Traquetearon las mandíbulas de los dos contendientes cuando los dos se alcanzaron a la vez con parecidos golpes: dos ganchos en los que pusieron toda su alma. Vacilaron, a punto de caer, y ambos se sostuvieron en las paredes. Lanzaron maldiciones que hubiesen puesto pálidos a los negros de Harlem. Se acometieron nuevamente, y Henry, con más experiencia, golpeó mejor. Su enemigo vaciló junto a la portezuela abierta. Henry miró para convencerse de que por aquel lado no había ninguna vía cercana y le empujó con el pie. El intruso cayó maldiciendo y rodó por encima de las piedras, encogiéndose cada vez que daba una voltereta.

Henry Wore se había librado de él y quién sabe de qué peligros. Pero con él había perdido la única posibilidad que tenía para desentrañar el misterio en que se hallaba envuelto. Una vez aquel tipo fuera del vagón sólo le quedaban dos cadáveres que, ciertamente, no le podían aclarar gran cosa.

Sin embargo, hasta un muerto puede resolver dudas si uno sabe encontrar las numerosas pistas que sugiere. Porque un cadáver, le habían enseñado a Henry cuando se especializó en «Sucesos», es como un baúl lleno a rebosar de pistas. Sólo hace falta abrirlo y saber ver.

Henry empezó por la muchacha. Ésta aparentaba tener unos veinticinco años, más o menos la edad de la hija de William Cox, era rubia natural y en vida debió de haber hecho cisco el sistema nervioso de cuantos hombres la contemplaron. Como ejemplar femenino, era perfecta. Vestía con elegancia un vestido rojo, un impermeable de plástico transparente, zapatos de alto tacón y medias finas. Henry Wore no examinó su ropa interior por parecerle una falta de respeto a la muerta, aun cuando su intención fuese simplemente informativa. Lo único que hizo fue registrar sus bolsillos y palparla por si llevaba alguna cartera o documentos. Pero aquella beldad a la que tan cruelmente habían destruido, no llevaba nada.

Henry cerró la tapa y se sentó encima, apoyando la cabeza en su puño derecho. Quién le iba a decir a la rutilante hija de William Cox que reposaría en un «Patoken». Y en cuanto a la posibilidad de que aquella mujer no fuese la hija de William Cox se le aparecía como muy remota. En primer lugar, la había buscado por todo Chicago sin encontrarla, en segundo lugar, sus señas físicas y edad coincidían, y por fin, la desenvoltura con que la infeliz muchacha vestía era muy adecuada a una profesional de los anuncios más o menos indiscretos. En este momento, Henry lamentó con toda su alma no haber visto nunca un retrato de Ruth, y el hecho de que siempre se hubiera fotografiado con el rostro cubierto, manteniendo su excitante fama de «Dama Desconocida».

Hechas estas reflexiones, Henry pasó al segundo ataúd, que no era un «Patoken» ni mucho menos, sino una pieza de madera vulgar tapizada de negro. Lo abrió y examinó por encima, pero ahora con más detención, su lúgubre contenido.

El hombre que allí descansaba era más o menos de su misma edad. Tenía, como ya había observado, los cabellos rubios y, aún con la rigidez de la muerte, unas facciones enérgicas y viriles. Iba bien vestido, con ropas de confección selecta, y calzaba zapatos lustrados impecablemente. Un peculiar olor a sustancias balsámicas indicaba que el cadáver había sido tratado ya para que no se descompusiese.

Nuevamente se reafirmó Henry en su convicción, por estos detalles y por el aspecto general del muerto, de que la defunción se había producido al menos una semana antes. Con manos temblorosas lo palpó, por si llevaba documentos, y esta vez tuvo que morderse los labios al encontrar algo interesante. En uno de los bolsillos interiores de la americana del cadáver, había una cartera.

Henry la extrajo y la examinó.

Contenía un pasaporte con la fotografía del cadáver y a nombre de Jefferson Sterling, de veintiséis años de edad, soltero, químico de profesión y con una serie de datos personales que coincidían exactamente con el muerto. El pasaporte le autorizaba a viajar por todo el mundo, incluidos los países de más allá del Telón de Acero, y tenía varios visados de salida y entrada. El último indicaba que había salido de Estambul (Turquía) tres semanas antes, llegando a Nueva York, al aeródromo de Laguardia, diez días después, tras haber hecho una escala en Madrid. El hombre, pues, no llevaba más de once días muerto.



Cayó sobre el dedalo de raíles...

3 — ATALAY

Henry siguió examinando la cartera. Había en ella más de trescientos dólares, junto con tarjetas de visita a nombre de Jefferson Sterling con domicilio en Denver (Colorado). También había tarjetas de visita de otras personas, pero todas ellas con nombres turcos y títulos de farmacéutico, químico o médico. Sin duda, amistades profesionales del desdichado Jeff. En cuanto a

documentos, ningún otro. Henry comprobó por la marca que la ropa del difunto había sido comprada en un establecimiento turco.

En el bolsillo superior de la americana había más papeles. Importantísimos papeles. Nada menos que una tarjeta del embalsamador, otra con la dirección a que debía ser entregado el cadáver y un certificado de defunción de éste.

Sin duda, para que no sufriesen extravío durante el largo viaje, se había decidido guardar todos, aquellos documentos sobre el cuerpo del mismo hombre al que hacían referencia.

El embalsamador era un tal Gregori Rastóff, de Nueva York. Sin duda un ruso exilado, que no había encontrado ocupación más divertida. La tarjeta con la dirección a que el cadáver debía ser enviado era la misma de las señas personales de Jeff: Denver (Colorado). Y en cuanto al certificado de defunción, Henry Wore lo abrió en último lugar, con manos trémulas a pesar de todo su esfuerzo por mantenerse sereno.

Indicaba el documento que Jefferson Sterling, de veintiséis años, etc..., había fallecido en Nueva York a consecuencia de parálisis cardíaca. No se especificaban las causas, pero, desde luego, muerte natural. La fecha era justo diez días antes.

Henry se resumió los hechos así: Mientras él estaba en el bar sorbiendo su coñac, alguien había introducido en el furgón el ataúd con el muerto dentro. Por el momento decidió no pensar en lo de la rubia. Eso lo decidiría después. Alguien, por tanto, había dejado allí el ataúd, cosa que no tenía nada de extraño, puesto que trataba de entregar un hombre fallecido de muerte natural a sus familiares, que debían de estar esperándolo. Pero había en esto varios puntos extraños:

Primero: La caja estaba abierta como si la hubiesen revisado hacía poco, y la tarjeta con la dirección, que debía ir fuera, estaba en uno de los bolsillos del cadáver.

Segundo: el cuerpo debía ser entregado en Denver, y por tanto debía viajar desde Chicago en dirección Oeste. Lo habían metido en un tren que iba a Nueva York, o sea, en dirección Este.

Tercero: No lo habían entrado por la puerta del andén, como parecía lógico, pues él lo hubiese visto desde el bar. Lo que habían hecho era pasarlo desde el furgón del tren que iba al Oeste Medio, y que era el que realmente convenía al transporte del difunto.

Cuarto: La actitud del tipo que le había acometido pistola en alto, y que ahora estaría rascándose los tobillos junto a la vía.

En cuanto a la rubia, era evidente que la habían pasado por el mismo sitio, depositándola en aquel ataúd porque no encontraron nada mejor. Sin duda, el tipo con quien Henry peleó era el encargado de vigilar hasta Nueva York los dos cuerpos. Se distrajo un momento, vio a Henry al subir al tren y arremetió contra él. Todo esto era muy confuso, aunque indicaba una cosa: Que estaba metido en un lío más gordo que la conferencia de Ginebra.

Al fin de aclarar algo, si era posible, Henry siguió palpando los bolsillos del cadáver. En uno de ellos encontró dos cartas.

Una estaba fechada en Denver, y la firmaba una mujer llamada Lena. Decía entre otras cosas:

«Jeff, tu madre está enferma. Y yo siento mucha, mucha necesidad de verte. Ven».

Sin duda, esa tal Lena, que tenía una letra muy agradable y redonda, era la novia del pobre muchacho.

La otra carta era algo así como una respuesta de éste. Le decía:

«Mis gestiones para el regreso siguen con éxito. Creo que dentro de un año habré triunfado y podré volver. Entretanto, realizo experimentos, pero este país es muy difícil. La ignorancia y la pobreza reinan por doquier. Los médicos y farmacéuticos con quienes trabajo pueden prestarme poca ayuda. Yo mismo tengo que probar los elixires de plantas que preparo, y como ahora actúo en plan experimental no sé si mi salud se resentirá. Pero no te preocupes porque hasta ahora estoy fuerte y sano como nunca. Lo único que padezco es añoranza, y me desespera que estúpidos trámites burocráticos nos mantengan alejados.

»Sé que mi madre goza de muy poca salud, pero me es imposible volver ahora. Sería como estropear todo para siempre. Dile que antes de un año habré vuelto y

que seré rico. Te querrá eternamente, Jeff».

Henry Wore dobló las cartas, las guardó en el sobre y las introdujo pensativamente en el bolsillo del cadáver, de donde las había extraído. Cada vez estaba más perplejo. Si Jefferson Sterling había dicho poco antes que no le era posible volver, ¿por qué había vuelto?

De un modo u otro, y a pesar de todos los misterios, había un deber humano que cumplir. Un deber religioso casi. Tenía que entregar aquel cuerpo a sus familiares. La madre del pobre Jeff estaría esperando, y Lena, la que fue su prometida, viviría aún con la esperanza de ver su rostro por última vez.

Parecía evidente que el tipo con quien peleó no pensaba transportar el ataúd a Denver, sino devolverlo a Nueva York, de donde procedía. Pero de un modo u otro él había trastornado con su intervención el curso normal de las cosas. Y ahora su obligación de hombre con moral era hacer lo posible para que aquel cuerpo llegase a poder de sus legítimos familiares.

Fácil, claro. En la primera estación se apearía y denunciaría el hecho. Había documentos en el cadáver para probar que él no tenía nada que ver. Nada. Inocente como un pajarillo en primavera, pero..., ¿y la rubia?

Henry Wore sintió que un sudor frío empezaba a manar de su frente, al comprender el lío majestuoso en que estaba metido hasta las orejas.

Empezó a rezar, mientras reflexionaba desesperadamente, para que nadie subiese en las estaciones intermedias. A propósito, cerró y atrancó la puerta. Tuvo en aquellos momentos más miedo al revisor que a la bomba de Hiroshima. Pero ni el revisor pasó. Aquél era un tren bendito en el que no viajaba casi nadie.

Cuanto más pensaba Henry, más negro veía el panorama. Y, sin embargo, tenía que encontrar una solución antes de llegar a Nueva York. Tenía que encontrarla o...

Sintió que le hervían las sienes. Las horas eran para él como un suplicio inaguantable. Cuando no pudo resistir más la tensión nerviosa ni el aire enrarecido del furgón, abrió la puerta y se dio cuenta de dos cosas: de que estaba amaneciendo y de que allá a lo lejos, entre, la bruma, se difuminaban borrosos los rascacielos de

Manhattan.

Dentro de treinta minutos estaría en Nueva York. Y no se le había ocurrido nada.

CAPÍTULO IV

ASESINO BUSCA EMPLEO

Una de las cosas que Wore había visto hacer después de la guerra en Corea, y en la época fatídica del mercado negro, era la siguiente: Los revendedores iban a buscar las mercancías a lejanos pueblos y las transportaban en lugares semiocultos del tren. Antes de llegar a su estación de destino, donde habría vigilancia, arrojaban los fardos por puertas y ventanillas y luego se arrojaban ellos mismos aprovechando la disminución de marcha en los cambios de agujas. Si gente no muy lista ni muy ágil había hecho aquello, ¿por qué no hacerlo él, que además había sido comando? ¡Claro! Arrojaría los ataúdes a la vía y luego...

Se echó las manos a la cabeza. Cuanto más pensaba en aquello menos solución veía. Si en aquel momento le hubiesen dicho que entregándose iba a salir librado con sólo cinco años de cárcel, habría sido capaz de ponerse él mismo las esposas. Pero la presencia de la rubia podía significar para él nada menos que la pena de muerte, si daba con un jurado donde hubiera mayoría de mujeres aficionadas a los seriales radiofónicos.

El tren penetraba ya en la estación. Gruesas gotas de sudor parlaban la frente de Henry Wore.

Su propia desesperación le dio la serenidad y el aplomo que en aquel momento le hacían falta. Cerró perfectamente los ataúdes y envolvió el «Patoken» en la tela impermeable. Puso en el bolsillo exterior de su gabardina el documento de facturación en que se acreditaba que el ataúd había sido revisado.

Luego cambió de opinión y la funda la puso envolviendo el

ataúd de Jefferson. Era éste el cuerpo que le interesaba llevarse para devolverlo a Denver. En cuanto al de la rubia, cuanto menos lo tocase mejor. No se preocuparía más del «Patoken». La policía misma se encargaría de hacerlo llegar a su destino, tal vez. Puso sobre él las señas que Isaías Patoken le había dado, escritas de puño y letra del lúgubre fabricante.

Lo arrinconó cuidadosamente contra un ángulo, de modo que al abrir la puerta no se viese. Respiró fuerte y aguardó.

El tren se detuvo. Henry sacó medio cuerpo fuera y llamó con enérgicos ademanes a un mozo portador de una carretilla. Cuando éste se acercó, empezó ya a sacar el ataúd envuelto por la puerta.

—¡@h, oiga! ¿Pero qué es esto?

—Un ataúd. ¿O cree que he viajado en el furgón para estar más ancho?

El mozo hizo un ademán dubitativo.

—¿Lleno?

—Sí —dijo Henry tragando saliva, tras comprender que sería inútil mentir porque el otro se daría cuenta al advertir el peso—. Lleno.

—Lo siento. ¿Algún pariente suyo?

—No. Misión oficial.

Las mentiras le salían aquella mañana con una mágica facilidad. Claro que éste era su único recurso.

—¿Le están esperando?

—No. Tengo que llevar el bulto a Denver, nada menos. Aquí sólo se instruirá una diligencia de identificación. —Saltó al suelo, una vez colocado el ataúd sobre la carretilla—. Transpórtelo al primer tren que salga para el Medio Oeste y que lleve furgoneta.

—El correo. No hay otro ahora. Pero se va a eternizar usted en el camino.

—No importa. Para eso cobro. —Sus mejillas parecían más duras que las piedras de la catedral de San Patricio—. Y estos trabajos se pagan de una forma especial.

Empezó a andar junto al de la carretilla. La gente los miraba. Henry notó que el sudor volvía a inundar su frente.

—El tren ha llegado con ocho minutos de adelanto —advirtió el mozo mientras caminaban—. Gracias a eso podrá usted tomar cómodamente el correo, que sale dentro de diez.

—¡Ah, qué suerte!

Y sí. Lo era. Henry no podía en aquel momento imaginárselo bien. Aunque tuvo una idea aproximada cuando, al volver un momento la espalda, vio un individuo que entraba en los andenes como un bólido, y se dirigía al tren que él acababa de dejar. Posiblemente él cómplice que le atacó en Chicago, y que había acudido a esperar los cadáveres sabiendo que llegaban en aquel tren. Tras ese tipo entraron dos más, todos con las mismas prisas. Era increíble su audacia. Sin duda tenían una coartada muy bien dispuesta para poder llevarse los cuerpos de allí sin que nadie les estorbase. Pero a causa del adelanto del tren, ellos habían llegado con un ligero retraso.

Henry volvió la cabeza de nuevo y se subió las solapas de su gabardina. Acaso aquellos tipos podrían darle una pista de lo que ocurría. ¿Pero cómo iba a pelearse con tres a la vista de todo el mundo, con el lío que él mismo llevaba ya encima de sus espaldas?

—¿Está muy lejos ese tren?

—No. Aquí mismo.

En el furgón del correo había un empleado. Henry notó que algo se le quedaba atravesado en la garganta. Se sintió ahora más ablandado que un cartucho de mantequilla.

—Ahí va eso —dijo el mozo—. La mañana se presenta divertida, Howard.

Howard era un tipo gordo y receloso. Miró a Henry Wore como si sospechase que él era el asesino del Presidente Lincoln.

—¿Un muerto?

Henry respiró fuerte otra vez. Sus pulmones se habían convertido en uralita, pero no importaba. Respiraría hasta sofocarse con tal de vencer aquel vacío que sentía en el pecho. Trató de aparentar un cierto aplomo desdeñoso y contestó:

—Sí... Trabajo. Y oiga, Howard, no quiero arriesgarme a perder este tren. Dentro de un par de minutos tiene que estar aquí un compañero para identificar el cadáver y yo me largaré con viento fresco. ¿Quiere ganarse una propina y arreglar lo del transporte?

Mostró cinco dólares. Howard se arrugó.

—¿Lleva los documentos?

—¡Claro! ¿O acaso cree que es la primera vez que me cargan con un sambenito así? Mire, aquí está la facturación que me extendieron

en Chicago. Y dentro del ataúd van todos los documentos del difunto. Entremos. Entre usted también —ordenó, dirigiéndose al mozo—. Me ayudará.

Pasaron al interior del furgón, donde había ya apilados una serie de paquetes. Henry pensó que Howard no querría que destapasen el ataúd en su presencia, pero el tipejo era desconfiado. El mismo le ayudó a levantar la tapa.

—¿Ve? Documentos personales del difunto y certificado expresando la causa de su muerte. Léalos. ¡Ah, y será mejor que se los lleve para arreglar lo de la facturación! No quiero líos.

Su aplome era tal y los documentos estaban tan en regla que Howard se arrugó un poco más, aceptó los cinco dólares y saltó de la furgoneta.

—Se lo arreglaré enseguida. ¿Desea billete también para usted?

—No. Yo viajo con billete oficial. —Henry llegó a creérselo—, y además me quedo aquí, en Nueva York. ¿Cuánto tardará este trasto en llegar a Denver?

—Cuatro días. Y menos mal que el cadáver está embalsamado, porque de lo contrario no se lo hubiésemos admitido.

—Le repito que conozco lo que son esos trabajos. Pues, bien: Yo me tengo que quedar en Nueva York una vez se haya procedido a la identificación. Luego tomaré un avión y llegaré a tiempo para recibir este cuerpo a su entrada en Denver. Haga la facturación a mi nombre, per favor: Henry Wore.

El documento que le extendieron en Chicago indicaba que el ataúd había sido revisado, pero sin especificar más. Del cadáver ni palabra, claro. Pero si en la estación no eran muy listos podían suponer que con el certificado de defunción y documentos con fotografía que mostraría Howard era suficiente para permitirle circular, sobre todo si ese Howard aseguraba, moviendo la papada, que se trataba de un agente del FBI o algo por el estilo. Le favorecía también extraordinariamente el que su tren estuviera a punto de salir. O le arreglaban la cosa en un par de minutos o no se lo arreglarían nunca. De hecho, era ésta su mejor arma.

Para Henry aquello fue insoportable. Sentía frío en los pies, en la garganta. Ahora sí que hubiese ido a beber al bar un triple de coñac, aunque le asegurasen que iban a meterle dos cadáveres más en el furgón. Su lengua parecía un cepillo de carpintero. Por fin, vio

llegar a Howard.

—Aquí está. Todo arreglado. Si no llega a ser por mí no lo hubiese obtenido tan fácilmente. Son trescientos dólares.

Henry sintió algo parecido a lo que debe sentir uno cuando sufre perforación de estómago. Si el dinero que había hallado en el cadáver no sumaba trescientos dólares podía considerarse perdido. Contó nerviosamente. Y sí: cien, doscientos... ¡trescientos dólares!

—Bueno, aquí los tiene. Y como ya ha llegado mi compañero y practicado la identificación, me largaré con él en cuanto el tren arranque. Déjenme primero que cierre bien la caja.

Ayudado por el diligente Howard, Henry aseguró el ataúd lo mejor que pudo. Luego pagó al mozo que le había ayudado en el transporte.

—Yo viajo hasta Denver con los bultos —dijo Howard—. No se preocupe porque su ataúd no lo tocará nadie. Y una vez en nuestro punto de destino, no lo entregaré a nadie sino a usted. ¡Pero no pierda los documentos!

—Descuide. ¡Hasta Denver, amigo!

La saliva le hacía «clic, clac, clic clac» en la garganta. Ahora quedaba un detalle para no despertar sospechas a última hora. Como el mozo estaba aún a su lado, mirándole con cierta curiosidad, Henry, tras ver partir al tren, se acercó a un individuo de media edad que en aquel momento pasaba junto a él. Se puso un cigarrillo en los labios.

—¿Fuego, por favor?

El otro se lo dio, y Henry echó a andar junto a él. Con una sonrisa le ofreció un cigarrillo que el desconocido aceptó. Henry le puso luego familiarmente una mano sobre el hombro.

—Tengo la sensación de haberse visto antes. ¿Usted no es Henry Wore?

¡Claro que no! ¡Qué diablos iba a ser Henry Wore! En casos así empleaba su verdadero nombre desde que un tipo a quien preguntó si era Stephen Mac Nally resultó ser el actor de cine conocido por este nombre. Volvió la espalda para ver que el mozo ya no le prestaba atención, convencido al parecer por la naturalidad de sus gestos. Estuvo hablando a base de equívocos con el desconocido hasta salir de la estación y luego se esfumó.

Antes de salir había visto a los tres tipos que antes corrieron

hacia el furgón. Estaban parados cerca de éste, mirándose alelados y quietos como estatuas. No habían aún salido de la estación cuando vio a uno de ellos correr hacia el teléfono.

Henry tomó un taxi y dijo al conductor que lo llevara al Central Park.

La mañana era neblinosa y húmeda. Una sensación de tristeza parecía diluida con el aire.

Una vez en Central Park, Henry se sentó en un banco. Estaba abrumado. Abrumado por lo sucedido y por lo que podía suceder. Había salido hasta entonces del apuro gracias a unas impresionantes dotes de embustero, pero la cosa estaba empezando. Cualquiera era capaz de adivinar lo qué ocurriría a la mañana siguiente, dentro de diez minutos quizá.

Contribuía a desmoronarle el penoso deber que tenía que cumplir cerca de William Cox, su jefe. Decirle así como así que su hija estaba muerta no era cosa para alegrar la mañana a nadie.

Consideró imprudente acercarse por la Redacción o por el domicilio del jefe. De modo que se dirigió a la cabina de un teléfono público y marcó el número particular del patrón. Éste acababa de levantarse.

—Los días de pago son el quince y treinta de cada mes —dijo solo, al coger el receptor—. No me moleste.

—Es que yo no quiero cobrar —advirtió Henry, empleando la frase en un doble sentido que el otro captó.

—¿No? ¿Qué quiere, usted? ¿Quién diablos es usted?

Henry tocó madera.

—Soy Henry Wore.

—¿Henry Wore? ¡Bien! ¡Por una vez no puedo quejarme de usted! ¡Ha hecho el viaje, como un meteoro! ¿Convenció a mi hija?

—No.

—¿Cómo? Oiga, estúpido, mi hija no es tan difícil de convencer...

—Es que en las condiciones en que yo la vi no la hubiese convencido nadie. ¡Y no me haga divagar más!

Hubo un breve silencio al otro lado del hilo. Henry tuvo incluso la sensación de estar oyendo la respiración alterada del jefe.

—No le entiendo, Wore —la voz se hizo ligeramente amenazadora—. ¿Qué ha ocurrido con Ruth?

—Está... Está gravemente herida. —Se arrepintió al instante de haber mentido. Convenía decir la cruda y descarnada verdad—: Está muerta. Yo la acompañé desde Chicago —hablaba ahora como una ametralladora—. Muerta, ¿comprende? Un balazo en la sien. Crimen o suicidio, no lo sé. Pero está bien muerta. Créame, que no sé cómo tengo fuerzas para decirle esto, Mr. Cox. Pero lo sabría tarde o temprano. Si se dirige usted a la Estación Central rápidamente, podrán darle noticias de su cadáver. Pero tiene que meterse esto en la cabeza: vea lo que vea y le digan lo que le digan yo no la maté. ¿Me entiende? ¡No la maté!

Jadeaba al final de sus palabras. Y a través del cable se escuchaba ya en aquellos momentos una especie de ronquido.

—¡Wore, usted se ha vuelto loco!

—¡No le digo más de lo que he visto con mis propios ojos! ¿Pero para qué vamos a perder el tiempo hablando? ¡Vaya a la estación e identifíquela usted mismo! ¡Cuando la descubrí anoche, no hacía una hora que había muerto!

Se sentía ya sin fuerzas para hablar. La intensa tensión nerviosa de las últimas horas se traducía ahora en una fatiga insoportable, en una postración que amenazaba con liquidar todo el vigor de su espíritu. No quiso seguir oyendo la voz enloquecida del viejo, y colgó el auricular.

Al salir, la niebla le rodeó otra vez. Toda la tristeza de aquella mañana color plomo pesó sobre sus hombros, aplastándolos, dándole una angustiosa sensación de hombre derrotado.

Volvió a sentarse en un banco y trató de hacer un rápido resumen de la situación, analizando punto por punto:

Primero, había hecho mal en dar la noticia al jefe, al menos pensando en su propia seguridad. Dentro de quince minutos, y aun cuando fuera con fines puramente informativos, tendría un ejército de policías a su espalda. Pero en conciencia no podía obrar de otro modo. Y aún, pensándolo bien, el ocultarse incluso ante su jefe hubiera podido ser tomado como una prueba de culpabilidad. De todos modos, y pensando en los efectos inmediatos, aquel telefonazo complicaba las cosas, pero ya estaba hecho y así se sentía más tranquilo con respecto a su propia conciencia.

Segundo, la identidad de la víctima. Claro que había mujeres rubias y de unos veinticinco años en el Noroeste de los Estados

Unidos. Pero por el modo que se habían producido las cosas, tenía la casi completa certidumbre de que se trataba de Ruth Cox. Sus datos personales, las circunstancias de su muerte, el hecho de que no hubiera podido hallarla en ningún otro lugar de Chicago, todo esto contribuía a afianzar la primera impresión.

Y tercero, la audacia increíble de los individuos que la habían trasladado al furgón. Una audacia, que sólo se explicaba en tipos decididos a todo y bien seguros de sus actos. Quizá hubiera hecho bien en seguir a los de la estación y ver a dónde se dirigían, pero buscar él sólo camorra a tres individuos era muy arriesgado a aquellas alturas, sobre todo teniendo en cuenta que lo que a él le interesaba era huir, poner tierra entre él y aquella pareja de cadáveres que parecían decididos a perseguirle.

Reflexionando ahora con más calma, veía que dos caminos se abrían en este momento ante él: uno, presentarse a la policía, otro, evaporarse y esperar a que las cosas se hubieran aclarado un poco antes de hacer su reaparición. Los dos tenían sus ventajas y sus inconvenientes. Presentarse equivalía a quedar por el momento detenido y tal vez sujeto a un sumario judicial a falta de mejor culpable, aun cuando el haberse presentado espontáneamente fuera una presunción de inocencia. Evaporarse significaba convertirse en el presunto culpable y poner tras sus huellas a varias docenas de sabuesos, pero ofrecía a la vez la innegable ventaja de que, a poco que tardaran en dar con él, podían aclararse las cosas y hallar la policía nuevas pistas. Y como todo hombre a lo último que renuncia es a perder su libertad, Henry Wore optó por esta última solución.

Además, quería cumplir con un deber de conciencia devolviendo el cadáver de Sterling a sus familiares. Las cartas que el joven llevaba en sus bolsillos le habían conmovido en cierto modo, y como hombre honrado se sentía un poco responsable de que al menos aquel cadáver descansase en paz. Intención que sin duda no llevaba el individuo que le acometió en el furgón.

Tomó el subway y fue lo más rápidamente que pudo a su pensión, en Manhattan. Le convenía recoger todo su dinero y alguna ropa antes de que los polizontes husmeasen por allí. Por fortuna aún no habían tenido tiempo de llegar. De modo que fue a su habitación, preparó una maleta e introdujo en ella varias camisas y mudas. No tenía ni idea del tiempo que duraría su ausencia.

Luego la cerró y buscó su talonario de cheques. Todos sus ahorros consistían en mil quinientos dólares, que guardaba para el caso de que le sobreviniese alguna grave enfermedad. Pero ésta de ser perseguido por la Brigada de Homicidios, lo era.

Afortunadamente, en la pensión pagaba por semanas y un par de días antes había liquidado la última. Habiendo estado fuera, no debía más que algún dólar que la dueña se resignaría a cobrar cuando volviese. Fue en su busca, le dijo que tenía que emprender un viaje de negocios y, ¡hala, a correr! Un minuto después se había evaporado.

Cuando salía a la calle oyó resonar, largas y ululantes entre la neblina gris, las sirenas de la policía.

CAPÍTULO V

DENVER, COLORADO

El coche venía aullando desde el Precinto más próximo. Seis agentes gordos como el anuncio de un reconstituyente saltaron de él y se precipitaron hacia la puerta. Uno de ellos por poco machaca los pies de Wore.

—No interrumpa el paso. ¿No ve que estamos trabajando?

Henry ocultó el maletín a su espalda y dijo que sí, que lo veía.

Los agentes penetraron en la pensión, y sólo uno se quedó guardando el coche. Pero leía una revista en cuya portada había una girl con unas piernas de cinemascope. Ni se fijó en Henry ni se hubiese fijado en un batallón de chinos que de repente se hubiera puesto a desfilar por la calle.

Henry se colocó tras el coche de la policía y llamó a un taxi.

—Lléveme a las oficinas de la «Trans-World» más cercanas. Pronto.

—Hay unas dos manzanas más arriba.

—Esas están demasiado cerca. Quiero decir que si pretendiera ir a ellas ya no tomaría un taxi. Lléveme a otras que estén a mayor distancia.

El chofer masculló algo sobre las pocas víctimas que había habido en la guerra y arrancó. Era tiempo, porque los gordos de la policía no tardarían en salir sujetándose la tripa.

Afortunadamente había mucho tránsito y pronto el taxi se perdió entre docenas de otros y de coches particulares. Al llegar a las oficinas de la compañía aérea. Henry preguntó si algún avión salía para el Oeste antes de una hora.

—Sí. Hay uno que rinde viaje en Kansas City, y, casualmente, aún quedan dos plazas disponibles. ¿Quiere que le reserve una?

—De acuerdo. ¿Puedo pagar con un cheque?

—Puesto que el avión no sale hasta dentro de una hora, sí.

Henry Wore lo extendió por el importe del billete y acto seguido salió un empleado a cobrarlo. El hizo lo propio diez minutos más tarde, en un taxi, y retiró lo que quedaba de su cuenta bancaria. Dejó como símbolo un dólar. Quizá media, hora más tarde tuvieran ocasión de cobrarlo sus herederos.

Desde allí, fue directamente al aeropuerto y aguardó el avión que había de transportarle al Medio Oeste, prudentemente lejos del escenario de los últimos sucesos. Como no había probado bocado en las últimas horas, almorzó en el restaurante, sintiendo que se atragantaba cada vez que alguno de los policías de servicio en el aeródromo pasaba junto a él.

Sin duda, avisarían a las estaciones, aeródromos y puerto, dando sus señas, pero eso requería cierto tiempo. Hasta que hubiesen identificado el cadáver y apreciado a primera vista si existía o no crimen —cuando los agentes llegaron a su pensión estas diligencias no podían haberse realizado aún— los de la Metropolitana no pondrían en conmoción a media ciudad por su causa. De otra parte, estaba obrando con tal rapidez que dejaba atrás al sistema policial mejor montado. Que darían con él, no había duda, pues a la larga el fugitivo siempre cae, pero el primer «round», el más peligroso, era suyo.

Subió, por fin, a su avión, y éste emprendió el vuelo. Ni una mirada recelosa por parte de nadie, ni él menor detalle que le permitiera temer era considerado como un sospechoso.

Tras varias insoportables horas de vuelo, llegó derrengado a Kansas City. Nunca había estado en aquella ciudad y le pareció demasiado ruidosa para su tamaño. Ya, al bajar del avión, tuvo la sensación de que varios polizontes caerían sobre él, avisados por telégrafo. Pero nada de esto había ocurrido. Ahora, sin embargo, en la ciudad tenía la impresión de que todo el mundo se fijaba en él.

Pese a tan ingratas impresiones, estuvo en Kansas City dos días enteros. La ciudad llegó a parecerle un buen refugio mientras esperaba el momento de dirigirse a Denver. En ese tiempo compró y devoró cuantos periódicos de Nueva York llegaron a sus manos,

pero cosa extraordinaria, ninguno de ellos hablaba del misterioso cadáver hallado en el furgón del último tren de Chicago.

Este detalle dio serios motivos de reflexión a Wore.

No le cabía duda de que el cadáver tuvo que ser hallado. Cierto que tal vez los individuos que corrieron hacia el furgón, provistos de documentos falsos o lo que fuera, pudieron habérselo llevado. Pero eso ya resultaba demasiado sorprendente. Una organización criminal puede estar bien montada, pero no tanto, A Henry le parecía evidente que los de la Metropolitana habían descubierto el cadáver, y que William Cox lo había identificado. Le parecía evidente también que ahora estaban sobre su pista sin que lo notase, pues el perseguido raramente nota la cosa hasta que lo acorralan. Y, por fin, el hecho de que la Prensa no dijese nada, revelaba que el lío en que se hallaba metido era mucho más importante de lo que a primera vista parecía. Para que, en un país como los Estados Unidos, se ordene a la Prensa silenciar una noticia, ésta tiene que referirse a una cuestión gravísima.

También cabía la posibilidad de que los periodistas no se hubiesen enterado de nada. Posibilidad remota, pero que había que tener en cuenta. En este último, caso, el silencio de los periódicos ya no sería tan extraño.

Naturalmente, compró también el «News Times». En éste no aparecía su acostumbrada sección de política internacional, aunque había material en el periódico porque él siempre dejaba uno o dos artículos de reserva. En lugar de esto, aparecía una nota en la que se decía que el prestigioso colaborador, Henry Wore, debía someterse a una delicada operación que le mantendría alejado algún tiempo de su misión informativa. Bueno, que le largaban un puntapié. Al fin y al cabo, eso era lo menos que podía esperarse del viejo. Pero de la aparición de la rubia en el ataúd, nada.

Henry cada vez entendía menos aquello. Y decidió no pensar. Pero lo realmente malo de aquella carencia de noticias, era que no sabía si la policía había hallado otras pistas o seguía buscándole tan sólo a él. Cuando se entregase, pues tarde o temprano debería hacerlo, estaría completamente a ciegas.

A los dos días de su estancia en Kansas City, resolvió tomar un tren que lo llevase a Denver, en el vecino Estado de Colorado.

Mientras atravesaba las amplias praderas que antaño fueran

escenario de las cabalgatas de los cowboys, y donde tantas veces hombres acorralados defendieron sus vidas a golpe de gatillo, Henry Wore no pudo menos que pensar en su situación actual. Los pistoleros de la frontera habían galopado por aquellos mismos lugares no muchos años atrás, huyendo de la ley como fieras acosadas. Y él estaba ahora en parecida situación, pero sin un mal «Colt» en la mano. Sus ojos se entristecieron al desfilar por las praderas inmensas, donde al menos debía respirarse una salvaje sensación de libertad.

Llegó a Denver hacia las cinco de la tarde.

La antaño peligrosa ciudad parecía vivir ahora bajo la bendición de las cien prosperidades. Comercios suntuosos se abrían en ambas aceras de las principales calles y automóviles de todas las marcas, pero sin excepción, últimos modelos, iban y venían con cierta parsimonia. Para un neoyorquino, vivir allí era pura gloria. Las mujeres no eran guapas, pero conservaban un matiz de cosa fresca del Oeste que encandilaba los ojos. Y hasta un tipo tan acorralado como Wore, se encontró pensando más de una vez en lo hermoso que sería vivir en una granja con una de aquellas mujeres y un par de docenas de gallinas que se entretuviesen en picarle a uno los zapatos. Pero por contraste, tras pensar esto se dio más cuenta de cuál era su auténtica situación.

Preguntó en la oficina de ferrocarriles y le dijeron que el tren que aguardaba no llegaría hasta el día siguiente por la tarde. Tiempo suficiente para averiguar si en la estación se había montado algún servicio de vigilancia, pensó Wore.

Conservaba en la memoria la dirección de Sterling, y se dio una vuelta por allí. El barrio era uno de los más tranquilos de la ciudad, a la que en realidad sólo estaba unido por una línea de autobuses. Aquello podía decirse que no formaba ya parte de Denver. Consistía en varias calles de hotelitos todos iguales y armoniosamente contruidos. Aquél en que había vivido Sterling era el último, y por el lado opuesto a las casitas, se abrían ya los campos. Un par de pabellones grandes y oscuros, sin duda pertenecientes a granjas, se hallaban en las cercanías. A la hora en que Henry llegó se había encendido ya el alumbrado eléctrico y toda aquella zona presentaba un aire un poco misterioso, pero infinitamente tranquilo y placentero. Henry recordó las calles sombrías de Chicago, donde

había topado con Isaías Patoken y pensó que aquí no le aguardaba ya ninguna sorpresa.

En una esquina de la calle había un bar. Se notaba que era un bar moderno porque estaba decorado a estilo antiguo. Eso no fallaba. Un tipo de unos cuarenta años pulía y repulía un mondadientes sobre el mostrador. Henry entró y pidió un coñac doble.

Como el barman estaba aburrido, resultaba un tipo ideal para entablar conversación. Pero a Henry le pareció arriesgado preguntar directamente por el difunto Sterling y resolvió dar la suelta.

—¿Vive por aquí una muchacha llamada Lena? —preguntó—. Es prima mía.

—¿Prima suya?

La voz del tipo del bar denotaba una cierta extrañeza.

—Sí. ¿Qué tiene eso de particular? Estuve en Corea dos años y luego me atraparon los chinos. Me han canjeado muy recientemente.

—¡Ah! Entonces usted debe de ser John, el calavera.

Henry se dio cuenta de que estaba en un pueblo dentro de otro pueblo, y que allí todo el mundo se conocía. Resolvió ser cauto, porque la menor palabra en falso podía echarlo todo a rodar.

—No sé por qué esa fama —dijo, en un tono inconcreto.

—Desde que murieron sus padres, Lena ha sido abandonada por toda su familia —aclaró el del bar con repentina expresión de confianza—. En Denver trabajó de enfermera una larga temporada, hasta conocer al joven Sterling. Entonces se mudó a estas cercanías. Muy buena chica y muy guapa su prima. Todo el mundo la quiere.

—¡Ah! ¿De modo que Sterling...? —insinuó Henry, sin atreverse a soltar una sílaba más.

—¡Pobre muchacho! ¡Tan lejos!

A Wore se le atragantó el ron. ¿Qué manera de expresarse era aquélla? Claro que no hay nada tan lejano como el otro mundo, pero...

—¿Vive Lena muy lejos de aquí? —inquirió.

—No, no, en modo alguno. Salga usted y cuente ocho casas a la derecha. En la octava vive Lena. Está a pensión con una señora que cuida de ella.

—Bien, gracias. Voy a verla enseguida. Desde luego, si usted la

viese antes de unos minutos, no debe decirle nada. Quiero darle una sorpresa.

A continuación, preguntó cuánto debía, pagó y se fue con la cabeza convertida en un criadero de langostas. Cuanto más pensaba en aquel lío, menos comprendía lo que podía haber tras él.

Contó ocho hotelitos a la derecha. Todo era silencio y calma a su alrededor. E instintivamente, para no turbar el ambiente de aquel apacible remanso de paz, hizo más cauteloso y ligero su paso. Al avanzar pegado a las cercas de los jardincillos, algunas ramas que brotaban de éstos le acariciaban el rostro. De pronto, oyó risas. Sí. Las carcajadas suaves y argentinas de una mujer que reía cautivadoramente. Sus risas eran como música.

Pero como una música de funeral. Porque instantáneamente, una voz de hombre dijo:

—Celebro que esta anécdota te haya hecho tanta gracia, Lena.

Estaba visto que Henry Wore no iba a digerir en paz una copa de coñac.

Sintió que algo se le atravesaba en la garganta. Dio a su paso la suavidad del de un ladrón y miró a través de los arbustos. Antes se cercioró bien de que estaba frente a la octava torre.

Hablaban un hombre y una mujer apoyados en la verja que separaba dos casas. El hombre estaba en la casa que correspondía al número siete, según las indicaciones que le dieran. La mujer, en la casa correspondiente al número ocho. No había duda, pues, de que se trataba de Lena, la prometida del difunto Sterling.

¡Y qué tía, digo qué señorita!

Tenía el cabello de un rubio oscuro, casi castaño, ondulado de una forma deliciosa. Era alta, esbelta, pero llenita. Tenía de todo más un diez por ciento de propina. Llevaba un vestido granate que era pura tentación. Y su cara... Por un rostro como aquél, Nerón hubiese apagado con cubos de agua el incendio de Roma. Llevaba zapatos de tacón alto, medias finas y un reloj, al parecer de oro, en la muñeca. Henry la dejó grabada en su cerebro como si éste fuese una máquina fotográfica.

Se desplazó luego un poco para ver al hombre. Éste era un tipo joven, que no pasaría de los treinta y cinco años. Iba bien vestido y sonreía mostrando un refulgente diente de oro. No era mal parecido. Los ojos un poco fríos, tal vez. Pero por su aspecto en

general podía considerarse como un hombre de éstos a los que las mujeres echan la red con fines matrimoniales en cuenta los ven sin escolta. Y el hecho de que Lena mostrase tan franca alegría ante un tipo como él, molestó instintivamente a Henry, no supo por qué...

Se apoyó de espaldas en la baranda y dejó caer la barbilla sobre el pecho. Contuvo incluso la respiración para oír mejor lo que decían. Pero pronto sus pensamientos fueron tan confusos y contradictorios que resonaron como aldabonazos dentro de su cerebro, impidiéndole oír nada.

Si Lena reía de aquel modo cuando el cadáver del que fue su prometido estaba en camino hacia Denver, o era una desalmada o no sabía palabra de lo ocurrido. Y todos los detalles de su vestido, de su actitud, parecían dar la razón a esta última posibilidad.

Pero entonces, ¿cómo se explicaba que la noticia no hubiese sido comunicada? Un ciudadano americano llega a Nueva York y fallece a consecuencia de un síncope llevando todos los documentos encima. Se le extiende un certificado de defunción, se le embalsama, se le coloca en un ataúd que alguien ha pagado, se le factura a su residencia y..., los familiares no saben nada. ¿Cómo se explica esto? ¿En qué clase de embrollo se iba metiendo cada vez más?

Quizá Lena había reñido con él antes de su muerte. Pero, aun así, su actitud era muy poco correcta, incluso contando con la desfachatez que las mujeres americanas de la clase media suelen llevar encima por desgracia. Y, sobre todo, de haber reñido ella con Sterling, el del bar se lo habría dicho.

Cada vez más perplejo, Henry Wore comprendió que aquello cambiaba extraordinariamente las cosas y las hacía más difíciles. Su intención había sido presentarse ante la familia y prometida de Sterling, que ya debían de estar cabizbajos y aplastados en espera del cadáver, manifestar lo ocurrido y la intervención que él tuvo en los sucesos, entregar los documentos para la recepción del cadáver, y, según viera las cosas, evaporarse de nuevo o entregarse a la policía local. Pero el hecho de que los Sterling, e incluso Lena, no supiesen que en la familia había un muerto, cambiaba la situación. No podía presentarse así como así y explicar lo ocurrido, al menos hasta ver qué clase de familia era y hacer un estudio detallado de la situación y posibles peligros. Esto requeriría alojarse cerca de

aquella zona.

Sus ojos fueron hacia los caserones situados al otro lado, entre los campos. Tenían aspecto de graneros, pero parecían más limpios y cuidados de lo que los graneros suelen estar. Sigilosamente, Henry se perdió entre las sombras, acercándose a ellos.

Un tipo estaba en la puerta del más cercano, encendiendo una pipa. Vestía camisa a cuadros y pantalones vaqueros. «Sólo le faltan los revólveres», pensó Henry, recordando de nuevo a los pistoleros de la frontera.

—Oiga, amigo, ¿vive alguien aquí?

—¿Vivir? No. Esto pertenece a la sección local del Partido Demócrata. Es el lugar donde se celebran los mítines y reuniones cuando llueve.

—¿Y no podría alojarme aquí? Claro que puedo regresar a la ciudad, pero el sitio me gusta.

—Se equivoca, amigo. Ya no puede regresar a la ciudad a menos que se pase una hora andando. El último autobús ha salido hace cinco minutos.

—¡Hum! Razón de más para alojarme aquí... sí puedo.

El de la pipa pareció considerar la propuesta.

—Poder puede, porque hay arriba una habitación donde se alojan a veces los oradores demócratas. Pero tiene que jurarme por su madre que no es usted republicano.

Henry no juró, pero dijo que era demócrata. Y en realidad, no mentía.

—Además de esto, ¿tiene cuatro dólares?

Henry se los entregó.

—Suba arriba por una escalera de madera que hay al fondo. Verá un cuarto. Las ropas están limpias porque se cambian cada semana y no las usa nadie. Puede dormir hasta la hora que le de la gana. Pero siendo usted forastero, le convendrá que le traiga también algo de comida, si es que no piensa marcharse temprano. Yo vendré hacia las diez. De estos cuatro dólares ya me gastaré uno en traerle alguna cosa.

El tipo era simpático. Henry le ofreció un paquete de cigarrillos para cuando terminase de fumar la pipa, le dio un manotazo en la espalda y se esfumó. Naturalmente, no le dijo que al día siguiente pensaba traer allí un cadáver.

Porque tal como estaban las cosas, es posible que tuviera que guardar allí el cuerpo de Sterling mientras hablaba con su familia. Si antes de la noche siguiente, no iba a presentarse ante ellos llevando el cadáver por delante.

A lo que sí estaba decidido era a no dar la cara una sola vez más sin estar seguro de que no corría peligro. Y aquella aparente tranquilidad de la familia Sterling, bien podía ser una trampa.

Fue a la habitación, que era sencilla pero limpia, y se acostó. Su constante tensión nerviosa, le hacía sentirse reventado aun cuando el día no hubiese sido de gran fatiga física. Apoyó la cabeza en la almohada y cinco minutos después estaba dormido como un tronco.

Le despertó el individuo de la pipa cuando creyó que llevaba tan sólo un par de horas durmiendo.

—¡Vamos! ¡Son las doce del mediodía! ¿Es que se ha propuesto roncar hasta mañana?

¡Las doce del mediodía! ¡Y tan sólo cinco o seis horas después llegaba el cadáver de Sterling!

CAPÍTULO VI

EL EXTRAÑO CASO DEL MUERTO CON ALAS

El de la pipa había almorzado ya, pero traía unos cuantos bocadillos para Henry, junto con una botella de cerveza.

—Tome, coma algo. No crea que sólo con dormir ya tiene bastante para no morir.

Henry se aseó y luego almorzó acompañado por el de la pipa. Aprovechó para hacerle unas cuantas preguntas como el que no quiere la cosa. Por este procedimiento se enteró de que Lena Roubens era una buena chica, muy apreciada en la vecindad. Que el tipo a quien había visto la noche anterior hablando con ella se llamaba Mei Ravenson y era un químico que viajaba con frecuencia, pasando tan sólo en Denver algunas breves temporadas de vacaciones. Se enteró también de un hecho sorprendente: Jefferson Sterling, el cadáver a quien por allí todos consideraban vivo, no era ciudadano yanqui. Se trataba de un canadiense que años atrás había entrado clandestinamente en el país, estableciéndose en Denver junto con su madre. Descubierto el lío por las autoridades, había sido expulsado del país. Y estaba en Turquía haciendo investigaciones mientras se sustanciaba un recurso que había interpuesto ante el Gobierno. De modo que, por el momento, no podía volver a los Estados Unidos. Su madre permanecía en Denver con un permiso especial de residencia, pues ya era demasiado vieja para que la expulsasen del país. El tipo de la pipa no daba demasiada importancia a aquella historia y pronto pasó a hablar de otras cosas. Henry, para no despertar recelos, no quiso excitarle a fin de que siguiera hablando de lo mismo.

Sabía, pues, algo muy importante. En la población todos suponían a Sterling vivo y muy lejos de allí. Además, era un hombre que no podía entrar legalmente en los Estados Unidos.

¿Cómo había entrado, pues? ¿Por qué cuerno tenía su pasaporte en regla?

Henry decidió aprovechar las horas que le quedaban para hacer una investigación en los Tribunales. Se había llevado un sobresalto al despertarse tan tarde y ver que sólo tenía unas horas para exponer el asunto a la familia del muerto, tras convencerse de que no corría peligro por aquel lado. Pero ahora, el hecho de que Sterling sólo tuviera una madre muy anciana le dejaba sin fuerzas para tan enojosa misión. Tal vez fuese mejor hablar con Lena y que ella se encargase de dar la noticia.

Fue uno tras otro a todos los Juzgados de la ciudad para ver si sus secciones de lo Criminal habían intervenido en el caso Sterling. En ninguno de ellos quisieron darle noticias. Fue al fin al Registro Civil y allí se encontró con que existía un expediente contra Sterling por haber éste falsificado documentos que le permitieran residir en el país, presentándolos, además, al Registro. Existía también copia del recurso razonado que Sterling interpuso hablando de la nacionalidad de su padre, el tiempo que llevaba residiendo en el país, servicios prestados en las Fuerzas Armadas y varias cosas más que hacían pensar en que aquello terminaría fallándose favorablemente al canadiense. Pero lo que sí era cierto era que por el momento no se había fallado aún. Jefferson Sterling seguía estando condenado al destierro, con pasaporte de apátrida, mientras su petición se resolvía.

Esto terminó de sembrar el desconcierto en la cabeza del periodista. Si Sterling aún continuaba en aquella situación, ¿por qué se le había facilitado pasaporte americano? ¿Por qué había entrado de nuevo en el país cumpliendo con todos los requisitos legales? ¿Falsificación de documentos otra vez? No era posible.

Cada vez más absorto en sus pensamientos, y sin tener ya en cuenta el peligro que él mismo corría, se dispuso a ir a visitar a Lena para que le explicase aquel misterio. Antes buscó su nombre en la guía telefónica y lo encontró: Lena Roubens. Bonito.

—No está ahora en casa —le respondió una voz agradable—. Trabaja en el Sanatorio Municipal.

No fue difícil localizar el nuevo número. Tres minutos después, Lena Roubens estaba al aparato.

—¿Quién es?

Su voz sonaba un poco seca, recelosa.

—Soy un amigo de Jeff. Quiero darle un recado de su parte.

Por el hilo se escuchaba la respiración fuerte y alterada de la muchacha.

—¿Un recado suyo? No es posible.

—Sí, ya sé. Está lejos de los Estados Unidos. Pero yo le he visto hace muy poco tiempo.

No mentía. Le había visto muy poco tiempo atrás y habían hecho incluso un viaje juntos. Pero de un modo muy distinto a cómo debía de estar imaginando la muchacha.

—¿Dónde le vio usted?

—Hicimos un viaje juntos.

—Bien, en tal caso... ¿dónde puedo verle?

—Antes de una hora. Es urgente.

Dentro de tres horas llegaría el tren y con él, el dichoso ataúd y el cadáver. Tenía que definir antes, por tanto, su posición ante aquel asunto. Pero la voz de Lena se encargó de echar por tierra sus proyectos.

—No salgo del hospital hasta dentro de cuatro horas. Es imposible pedir un permiso. Compréndalo. Estoy en la sala de cirugía de urgencia y hoy me corresponde guardia.

—En tal caso, la veré después de... Bueno, después de haber resuelto un asunto. —Henry miró a su alrededor. Estaba en un restaurante muy acogedor, con salida a un jardín—. Nos encontraremos en el restaurante «Easy» a las ocho. No se preocupe por cómo identificarme. Yo la conozco a usted.

Oyó una exclamación de asombro de la muchacha.

—¿Me conoce?

—Sí, ya le explicaré cómo. Y no hablemos ya más. Recuerde solamente que en el «Easy» la estaré esperando a las ocho.

Al salir de la cabina, Henry pensó que no iba a quedarle más remedio que encargarse sólo de la recogida del cadáver. Y naturalmente, tendría que transportarlo a algún sitio, sitio que bien pudiera ser el caserón donde había dormido.

Comió algo en el mismo restaurante y salió. Estuvo en un cine,

con los ojos cerrados y absorto en sus pensamientos, hasta que faltó media hora para la llegada del correo. Entonces fue a la estación.

Un individuo cubierto con un sombrero blanco que había entrado en el cine junto con él, salió siguiendo sus pasos. Henry lo notó. Notó también que el hombre se detenía disimuladamente cada vez que él miraba algún escaparate. Le pareció evidente que le seguía. Y, sin conocer bien la ciudad, le iba a ser muy difícil darle esquinazo.

Sin embargo, fue el mismo individuo el que se esfumó. De repente, Henry dejó de verlo. Y llegó a la conclusión de que tal vez se había equivocado, cosa muy posible a causa de sus excitados nervios.

El correo llegó puntualmente. Henry ya había alquilado una camioneta cubierta, sin conductor, por una hora. La tenía esperando a la salida del andén de mercancías.

Fue el mismo Howard quien le saludó al abrir la puerta del furgón.

—¡Uf! ¡Qué viaje tan insoportable! No he podido dormir bien, se lo aseguro. La verdad es que hacía tiempo que no custodiaba cadáveres. ¿Y qué? ¿Tiene resuelto su asunto?

—¡Oh, sí! Ahora sólo tengo que entregar el cadáver a la familia. Recibirá sepultura en Denver.

—Pues parece que su trabajo empiece ahora. Está más flaco y más pálido que el del ataúd. En fin, vamos a parar aquí media hora. Yo mismo le ayudaré a despachar los trámites.

Éstos no fueron laboriosos, atraque sí bastante rígidos. Antes de bajar el ataúd, llegó al furgón un inspector de la Compañía, revisó el cadáver, examinó los documentos que le entregaba Howard y el resguardó de Henry Wore y al fin dio su autorización para que «el bulto» fuese despachado. Esta dilación favoreció a Henry, pues al bajar el ataúd ya los viajeros habían tenido tiempo de marcharse y no quedaba casi nadie en la estación. Pudo colocar la carga en la camioneta sin más dificultades y emprendió la marcha, empleando caminos secundarios, hacia el barrio donde Sterling había habitado.

También ahora tuvo la sensación de que le seguía un coche. Pero los faros que durante largo rato había estado viendo por el retrovisor, desaparecieron de repente y a su espalda volvió a reinar la obscuridad. Sin duda, se trataba de otra broma de sus nervios.

Llegó junto al caserón, y enfilando la puerta, sin hacer ruido, pasó al interior. La calle estaba solitaria y en los hotelitos de la derecha parecía no vivir nadie. Tal era su silencio. Luego cerró las puertas, a tientas sacó el ataúd de la camioneta y lo depositó en el suelo. Pesaba más que una condena a treinta años. Buscó a la luz de un fósforo un buen lugar para guardarlo y lo encontró tras unas enormes pilas de sillas adosadas a la pared. Allí era prácticamente imposible que nadie lo encontrara, a menos que se registrara todo el local.

Hecho esto, subió a la camioneta, tras abrir las puertas exteriores, puso marcha atrás con el máximo cuidado y se encontró otra vez en la solitaria calle. Bajó, cerró las puertas del caserón, volvió a subir a la camioneta, puso primera y salió disparado como alma que lleva el diablo.

Devolvió el vehículo a la agencia donde lo había alquilado y poco después, tomaba asiento en uno de los lugares más apartados del acogedor y refulgente restaurante «Easy».

Era muy puntual. Pero en una mujer como ella, éste era un detalle sin importancia. Teniendo tantas cosas como tenía, ¿qué importaba ya detalle más o menos?

Henry se había sentado cerca del jardín. En un pequeño estanque croaban algunas ranas y su pacífico y tranquilizador sonido parecía llenar aquel rincón. Por un momento, mientras veía avanzar a la muchacha, Henry pensó que en el mundo no existían más cosas que aquella noche y la mujer que tenía ante sus ojos, la más hermosa, la más deseable, la más...

—¡Es usted un estúpido!

¡Plaf! Las mujeres tienen el poder de destruir siempre el mismo pedestal en que se las coloca. Ya lo había echado todo a rodar.

—Viene usted muy agresiva, Lena. Y, además, me ha conocido al instante. ¿Por qué?

Ella se sentó frente a él, mirándole con ojos que despedían llamas.

—No hubiera sido difícil aun sin ocurrir lo que ha ocurrido. Me ha estado usted mirando con unos ojos como huevos desde que he pisado el umbral. ¡Cualquiera diría que no ha visto una mujer en su vida!

—Y además, ¿a qué viene ese cuento de decir en la vecindad que

es usted mi primo?

¡Vaya, la mujer se había enterado de aquello también! Aunque en cierto modo, era de suponer, no dejaba de representar una grave incomodidad a la hora de poner las cosas sobre el tapete.

—Quise pedir unos datos sobre usted —dijo Henry, en voz baja—. O, mejor dicho, necesité pedirlos.

Y ésa me pareció una excusa tan buena como cualquier otra. ¿Cuándo se ha enterado?

—Esta mañana. Suelo desayunar algo en el bar donde usted estuvo anoche. Y..., bueno, prefiero no decirle la impresión con que he salido de allí. Cuando me ha telefoneado esta mañana, he estado a punto de decirle cuatro cosas, pero junto a las salas del hospital, una no puede decir, todo lo que piensa, y he decidido aguantar. Y bien, ¿quién es usted? ¿Un detective?

Aunque fingir que lo era podía darle buenos resultados en principio, Henry decidió ser claro desde el primer momento.

—No, no soy un detective.

—¿Entonces...?

—Soy un periodista.

Lena tuvo un estremecimiento y hundió la barbilla en el pecho. Diríase que estaba a punto de llorar. Sin duda había venido armada con tres o cuatro frases duras, pero ahora, tras decirlas, reaparecía su verdadero carácter de muchacha atormentada y tal vez perseguida. Henry, aparte la atracción que cualquier hombre hubiese sentido por ella, sintió también que una viva simpatía nacía en su corazón hacia aquella muchacha.

—¿Qué le ocurre con les periodistas, Lena?

—Nos asediaron a todas horas —susurró ella, sin levantar la cabeza—. Cuando Jeff fue expulsado de territorio norteamericano, los periódicos de Denver quisieron saber por qué. No las razones que el Tribunal había expuesto, sino otras. ¿Había espionaje? ¿Se trataba de un colaborador de los rusos? ¡Oh, aquello fue horrible! ¡Parecía como si nuestras vidas hubiesen de ser un espectáculo para todo el mundo! Y ahora —levantó la cabeza, envolviendo a Henry en una mirada de desprecio— ¡ahora usted pretende lo mismo! ¿No tuvieron entonces bastante?

—Debe tranquilizarse. Soy periodista, pero no he venido aquí en misión profesional, ni mucho menos. Simplemente pretendo ponerla

al corriente de algo que ha sucedido. ¿Llevaba Jefferson Sterling mucho tiempo fuera de los Estados Unidos?

Lena se puso instantáneamente en guardia.

—¿Por qué quiere saberlo? Y, además, si le conocía ¿cómo ignora el tiempo que lleva fuera del país?

—Es que yo no conozco a Jeff Sterling —declaró, calmadamente, Henry—. Mejor dicho, nunca he hablado con él. Hemos hecho un viaje juntos, pero no he hablado con él.

La muchacha cerró los ojos, consternada.

—No le comprendo. ¿Dónde le vio?

—Vayamos por partes, se lo ruego. ¿Cuánto tiempo llevaba Jeff fuera de los Estados Unidos?

—Dos años.

—Sé que ustedes se escribían con frecuencia. ¿Manifestaba él deseos de volver?

—Sí, pero no podía.

—¿De ningún modo, absolutamente de ningún modo?

—¿Cree que no habíamos pensado en todo con tal de vernos otra vez?

Henry se acarició la barbilla, tratando de disimular su turbación. Quedaban plenamente confirmados dos puntos de sus sospechas: ni la muchacha sabía nada de la muerte de Sterling, ni conocía modo alguno de que éste pudiera entrar en el país. Luego, si ni ella misma lo sabía, es que no existía la posibilidad de que Jefferson volviera. Y otra vez se planteaba el decisivo interrogante: ¿Por qué, entonces, estaba allí?

—¿No le dijo él que iba a regresar? —preguntó mirándola a los ojos.

—No... No, claro que no me lo dijo.

Y añadió enseguida, con una expresión ansiosa:

—¿Es que ha regresado?

—No es eso exactamente. Y ahora hábleme de las actividades de Sterling. ¿Qué hacía?

Lena casi se puso en pie.

—Ha dicho usted «¿Qué hacía?» en tiempo pasado. ¿Por qué no emplea el presente? ¿Es que...?

Henry la tranquilizó con un ademán de su brazo. Ni él mismo supo cómo le pudo salir tan bien.

—Es una forma de hablar. Si toma las palabras al pie de la letra se volverá loca. He querido decir qué hacía antes de salir de aquí.

—Es farmacéutico. Estudiaba las propiedades medicinales de ciertas plantas.

—¿Quiénes eran sus amigos?

—Jefferson no se relacionaba con mucha gente. Algunos compañeros y colegas y el profesor Goldwin. Aparte de mí, naturalmente.

—¿Quién es el profesor Goldwin?

—Un sabio especializado en cuestiones de energía atómica. Últimamente trabaja en el tan comentado asunto del satélite artificial. Se ha empeñado en vivir en Denver porque le gusta, desoyendo magníficas ofertas que le han hecho para trasladarse a Washington. Pero su casa siempre está vigilada por la policía.

—¡Vaya, están ustedes rodeados de celebridades! ¿Y el vecino con el que usted hablaba la otra noche?

La muchacha se sonrojó ligeramente.

—Veo que, además de impertinente, es usted un poco espía. En fin, no tengo por qué ocultar mis actos. Es sencillamente eso: un vecino. Llegó a Denver hace dos años, aunque efectúa frecuentes viajes a Nueva York, donde tiene sus negocios. Es químico.

Henry examinó detenidamente, punto por punto la serena belleza de Lena. Y la pregunta casi surgió en contra de su voluntad, antes de que se propusiera hacerla:

—¿La pretende?

—Ésa es una pregunta impertinente, señor...

—Wore, Henry Wore. Comprendo que es una pregunta impertinente, pero contéstemela.

—Puede que me pretenda discretamente —dijo ella, con un hilo de voz—. He notado que gusto a los hombres. Pero es un joven correcto y a quien en el fondo no intereso gran cosa. Lo he notado por múltiples detalles. Más bien da la sensación de que le interesa, como vecino, mantener una buena amistad conmigo.

Henry extrajo su pitillera y ofreció un cigarrillo a la muchacha. Ésta rehusó. Entonces, él encendió uno tras ponérselo en los labios.

—Ya sé quién es ese hombre. Se llama Mel Ravenson. ¿Conoce usted el lugar de su nacimiento?

—No. Nunca hemos hablado de ello. Está usted en un error si

cree que nuestra confianza es tan grande. Pero, sin duda, es yanqui. ¡Ah! Y, además, recuerdo una cosa. Cierta vez vinieron unos funcionarios de la oficina del Censo a pedir datos para su estadística anual. Él estaba en el jardín. Les dijo que era natural de Berlín, de padres americanos, y les enseñó sus documentos. El hecho de que él hubiera nacido en Alemania, me llamó la atención, pero luego olvidé ese detalle. Como le he dicho, Mel Ravensson no me interesa en absoluto.

Henry guardó unos momentos de silencio. Se daba cuenta de que para situarse en el centro de la maraña tema que conocer bien todos los hilos de ésta y dar a cada personaje la importancia que realmente merecía. Pero de momento, todos aquellos nombres no le decían nada. Eran datos pertenecientes a personas desconocidas que no habían visto a Sterling en dos años, que ignoraban incluso su muerte. Puso de nuevo el cigarrillo entre los dientes y en un instante lo deshizo a causa del nerviosismo que le consumía. La voz de Lena le sacó de sus meditaciones.

—Dice que es un periodista y me está haciendo preguntas que nada tienen que ver con su profesión. Más bien habla como un policía. ¿Es que están haciendo una investigación? ¿Es que acaso Jeff...?

Henry desvió la mirada. Y fue entonces cuando sus ojos encontraron los ojos de aquel tipo. Se había sentado cerca de ellos, aunque a distancia suficiente para no oír su conversación, y ahora les estaba mirando. Lo más notable de él, eran sus ojos de perro de caza. Luego, su barbilla cuadrada y sus puños. Unos puños colosales de campeón del peso máximo. Pero Henry se fijó en sus ojos, en aquella mirada taladrante que se desvió instantáneamente, apenas él volvió la cabeza.

Nuevamente Henry tuvo la sensación de que estaban sobre su pista. Le habían acorralado, los perros de caza le estaban olfateando y solo aguardaban la ocasión más propicia para saltar.

—No, no soy un policía —contestó—. Todo lo contrario.

Lena se sobresaltó. Sus ojos dulces, muy abiertos, se posaron en él.

—¿Qué quiere decir?

—Nada más que esto. Si quiere ver a Jeff Sterling debe venir conmigo.

Lena cerró los dientes con tanta fuerza que hizo ruido. Sus facciones se demudaron. Por un instante, Henry creyó que iba a desmayarse. Y no tuvo fuerzas para añadir una palabra más, al ver que aquella muchacha seguía enamorada de un cadáver.

—¿Está aquí, en Denver?

—Sí.

—¿Dónde? ¿Dónde?

Lena casi gritaba. Henry se sintió incapaz de decirle la verdad cruda, la siniestra y espantosa verdad. Y apretó los labios.

Acompáñeme, Lena. Hablaremos por el camino.

Salieron del restaurante y antes de franquear el umbral, Henry miró hacia atrás para vigilar al tipo de los ojos de perro. Pero éste no se movía. Fumaba indolentemente, sin volverse, lanzando volutas de humo hacia la puerta del jardín.

No les fue difícil encontrar un taxi. Henry indicó a Lena, en voz baja:

—Dé usted una dirección cercana a su casa. Pero no demasiado cercana.

—Graham Circus —ordenó la muchacha, con un soplo de voz.

El automóvil se puso en marcha. Henry contempló a Lena y se dijo que era la mujer más tentadora, más pura y deseable que había visto jamás. Desde el fondo de la ratonera en que él se hallaba metido, verla era como atisbar un pedazo de cielo libre hacia el que no se podía volar. Era como morir de frío en una habitación cerrada sabiendo que más allá de las paredes alienta la primavera.

—¿Está escondido Jeff? —susurró ella.

—Sí. Está escondido.

No quiso decir más. Sentía palpar junto a él el cuerpo de Lena. Veía su pecho moverse descompasadamente a causa de la excitación. Y veía también sus labios, aquellos labios que le hablaban de la vida cuando ambos se encaminaban a la muerte.

Graham Circus estaba a unas doscientas yardas tan sólo del caserón donde Henry había ocultado el ataúd. Pero como allí se abrían varias calles, al taxista le era imposible saber hacia dónde se dirigían realmente. Lena no tenía un pelo de tonta.

Llegaron a la silenciosa calle de los hotelitos y Henry abrió la puerta del caserón. Les recibió un vaho espeso de tinieblas.

—Entre.

—Jeff... ¿está aquí?

—Sí, pase.

Cerró la puerta tras ella y ahora se atrevió a encender una pequeña luz que había en un ángulo. Ésta sólo disipó parcialmente las tinieblas del inmenso local, cargado de sombras.

—Jefferson Sterling falleció de muerte natural hace varios días —dijo de repente Henry, hundiendo la cabeza.

—¡Miente! ¡Miente! ¡No puede ser! ¡Miente!

La muchacha, con ojos fulgurantes, casi se arrojó sobre él. Henry Wore logro apartarla, dirigiéndose hacia la pila de sillas.

—No crea que es agradable para mí decirle una cosa como ésta. Pero debe usted saber la verdad. He corrido verdaderos peligros para que el cadáver de Jeff llegara junto a las personas que le quisieron. ¡Véalo usted misma! ¡Véalo!

Empezó a apartar sillas. De repente, sus ojos se pusieron más redondos que dos neumáticos. Apartó más sillas, más... más... Hasta que una especie de mazazo resonó dentro de su cráneo, al comprender la verdad.

¡Durante su ausencia, alguien se había llevado el ataúd con el cadáver de Sterling!

CAPÍTULO VII

LA RATONERA

Más pálido que un cirio, Henry se volvió hacia Lena. Las aletas de la nariz de ésta temblaban, mientras que sus ojos se habían desorbitado. Sus dedos ligeramente crispados, se dirigieron hacia él.

—¡Le digo que miente! ¡Y lo único que quería era traerme aquí!

Lena pareció darse cuenta de la soledad que les envolvía, del peligro que, como mujer, estaba corriendo. Multitud de salvajes historias que habían hecho famosa a la tierra de Colorado acudieron a su memoria en este momento. Y fue a chillar. Su boca se abrió, mientras se tensaban las cuerdas de su garganta.

Los dos golpes resonaron sobre sus mejillas secamente. Lanzando un seco chillido, Lena cayó sobre el suelo asfaltado, húmedo.

—¡Canalla!

—¡No estoy dispuesto a que aumente tontamente los peligros que estoy corriendo! ¿Me comprende? Sí chilla soy capaz de...

—¡Dígalo de una vez! Si chillo es capaz de matarme, ¿no quería decir eso? ¡Cobarde! ¡Cien veces cobarde!

Lena, gimiendo, fue a arrastrarse hacia la puerta, pero Henry dio un salto y puso la pierna delante de sus brazos. Ella gimió otra vez. Trató de revolverse. Entonces, él la sujetó por los cabellos.

Pero lo hizo blandamente. En su gesto hubo caricia más que amenaza. La muchacha quedó un instante muda, perpleja. Entonces, Henry se arrodilló frente a ella y le ofreció su pañuelo limpio para que secase sus lágrimas. Lena le miró intensamente a los ojos. Y lo que vio en ellos pareció tranquilizarla.

—No crea que me ha guiado ningún deseo censurable al traerla

aquí —musitó él—. Y no crea que he mentido al decirle lo de Jeff. Yo encontré su cadáver en el furgón de un tren que se dirigía de Chicago a Nueva York. Revisé sus documentos y vi que el ataúd iba facturado a Denver. Alguien tenía interés en que no llegase a su destino. Fui atacado por un individuo y...

Se interrumpió al leer algo en los ojos de Lena. Al leer en sus hermosas pupilas ese instintivo temor del que cree estar hablando con un loco.

La situación le crispó los nervios.

—¡No crea que he bebido ni que tengo serrín en la cabeza! —dijo, violentamente—. ¡Le estoy contando lo que he visto, lo que desgraciadamente he vivido durante estos últimos días! ¡Y debe comprender, además, que le interesa creerme, si es que Jeff Sterling le importó algo algún día!

Lena echó un poco la cabeza hacia, atrás, con sobresalto. La sensación de que aquel hombre decía la verdad penetró en su cerebro lentamente. Y era tan brutal lo que decía, tan increíble, que se llevó horrorizada ambas manos a las sienes.

—¡Pero si Jeff no podía entrar en los Estados Unidos! —exclamó tan sólo, aferrándose a esta idea única.

—Sin embargo, ha entrado. Debe acostumbrarse a este pensamiento. ¡Ha entrado y, además, con todos los papeles en regla! Por qué no se lo dijo a usted, ni a su propia madre, lo ignoro. Por qué alguien tiene interés en ocultar su cadáver, lo ignoro también. ¡Pero es cierto!

Se había exasperado con las últimas frases. Por su frente corrían algunas heladas gotas de sudor. Y, no obstante, aquella excitación, aquel nerviosismo hacía sus facciones doblemente viriles y atractivas. Lena aun desde el fondo de su desesperación debió advertirlo así, porque se acercó un poco más a él. Pero moviendo la cabeza en sentido negativo, manifestó:

—No puedo creer todo eso. ¡No puedo creer que sea cierto este lío horrible y que, además, un hombre le atacara!

Henry se sulfuró.

—¡Cuidado!

Fue la misma Lena quien chilló, inmediatamente después de pronunciadas las últimas palabras. Fue ella misma quien, después de decir que no creía que un hombre hubiera atacado a Henry, le

puso en guardia al ver moverse dos siluetas en las tinieblas que había a su espalda.

Estaban ambos aún semiarrodillados en el suelo. Henry dio un empujón a la muchacha y le volvió la espalda, dando ahora frente a sus enemigos. Éstos eran dos y venían como bólidos hacia él: el de los ojos de perro y otro tipo joven con boca cuadrada y barba de existencialista. Los dos tenían revólveres en las manos y los asían por el cañón, levantando las culatas.

Henry Wore se estiró completamente en el suelo cuando la primera culata volaba hacia su cabeza. Su maniobra fue tan rápida y violenta, que su enemigo —en este caso el de los ojos de perro— no tuvo tiempo de rectificar. Perdió el equilibrio, ayudado por la presa que Henry hizo en uno de sus pies. Y salió volteado contra el montón de sillas antes de que pudiera darse verdadera cuenta de lo que había sucedido.

El otro trató de golpear con el pie la cabeza de Henry, pero encontró el vacío. Ciertamente, de no ser por la semioscuridad reinante, no hubiera fallado el golpe. Pero Henry sabía aprovechar bien las circunstancias y no era un novato en peleas cuerpo a cuerpo. Desde el suelo golpeó rápidamente por detrás las rodillas de su enemigo y éste cayó. Apenas sus rodillas habían tocado el suelo, sintió que algo chocaba contra su nuca. Era el zapato de Henry, que había golpeado sabiamente de costado, contorsionándose en el suelo. Pese a su agilidad, el periodista puso en aquella hábil pirueta más de lo que podía. Tuvo la sensación de que la cintura le estaría doliendo una semana entera.

Pesadamente, el de la barba se desplomó. Pero ya el de los ojos de perro se había repuesto del golpe y trataba de volverse para apuntar hacia Henry. En su mirada de fanática decisión, éste supo ver que en aquella pelea se jugaba la vida.

Tomó el revólver del enemigo que yacía junto a él, e hizo fuego. «¡Flop, flop!». Las dos detonaciones parecieron como los dos taponazos de un corcho. Ni siquiera se había dado cuenta de que el arma llevaba silenciador acoplado al cañón. El de los ojos de perro soltó el arma como si hubiese estado empuñando un escorpión. Una de las balas le había alcanzado en la mano, abrasándosela, aun cuando a la larga la herida no fuese de gravedad.

El de la barba de existencialista empezaba a removerse junto a

Henry Wore. Debía de verlo todo como a través de una nebulosa, pero sin duda era hombre acostumbrado a la acción y capaz de hacer variar cualquier situación aun yendo sin armas. Henry no esperó a comprobarlo. Le asestó dos nuevos culatazos en la nuca y lo dejó exánime para un largo rato. En ese momento, el de los ojos de perro hizo ademán de lanzarse sobre él con una mueca de desesperación impresa en el rostro. Posiblemente, su revólver no había sufrido desperfectos, pero estaba demasiado lejos para ir gateando hacia él. Henry lo inmovilizó con un seco movimiento. Le bastó apuntar hacia su frente.

—Quieto o le deshago la cabeza —silbó.

Sí, aquel tipo tenía la mirada de perro. Le observó con temor y al mismo tiempo con odio, rebrillándole los ojos. Pero se mantuvo quieto.

—Más valdría que me matase —barbotó—. Nunca me perdonaré haber fracasado en un golpe tan fácil.

—Fácil, ¿eh?

Se puso en pie y encañonó fríamente a su prisionero.

—Más fácil fue para los dos, sin duda, robar el cadáver de ese pobre muchacho. ¿Qué piensa hacer con él, granuja?

El prisionero se puso también en pie, apretándose la mano herida.

—Yo no he tocado para nada el ataúd de que habla.

Un instantáneo cálculo le bastó a Henry para comprender que aquel hombre decía la verdad. Su misma pregunta era ociosa. Si había salido después que él del restaurante, era imposible que hubiese llegado antes allí. Claro que un pequeño trecho lo habían hecho a pie, pero Lena o él hubiesen visto un automóvil o motocicleta acercarse al caserón, cosa que no había ocurrido.

—No obstante, usted sabe que ese ataúd existe. ¿Quién es su compañero?

El otro sonrió burlonamente, mirándole a los ojos.

—Sencillamente eso: un compañero.

Henry retrocedió unos pasos para tener delante de sí al caído y no abandonar su vigilancia.

—¿Su nombre?

—Mike Watson. El de mi compañero, Pat Juley.

Henry desvió un instante sus ojos hacia Lena, que estaba pálida

como una muerta.

—Ya ha oído sus nombres, Lena. En Denver se conoce mucha gente. ¿Había oído usted hablar de estos tipos antes, de ahora? ¿Los había visto alguna vez?

Ella denegó lentamente con la cabeza.

—No. No los había visto nunca. Y su acento revela, además, que son gentes del Oeste.

—¿Cuál es su profesión?

Mike Watson, el de los ojos de perro, sonrió burlonamente.

—Abogado.

—No crea que va a burlarse de mí —susurró Henry, apretando los dientes—. ¡Vuélvase de espaldas!

Mike obedeció.

—¿Va a disparar sobre mí?

—No disparo contra gente desarmada. No lo hice en la guerra de Corea ni lo voy a hacer ahora. ¡Pero lo que sí me dirá es dónde han escondido el ataúd con el cadáver de Jeff Sterling!

La voz de Mike sonó lentamente:

—No lo hemos ocultadlo nosotros. Pero es que aunque supiera lo que han hecho con él, no se lo diría.

Henry comprendió por el tono, de la voz de aquel hombre que tendría que torturarlo para arrancarle alguna palabra. Y aquello no iba con sus métodos ni con su conciencia. Resolvió obrar de otra manera. Sin soltar la pistola, se desprendió del cinturón. Luego se acercó a Mike y le propinó un culatazo en la nuca, haciéndole caer.

Un minuto después, le había atado concienzudamente, amordazándole también mediante el procedimiento de comprimirle un pañuelo en la boca. Con el cinturón de Mike ató igualmente a Juley, y con el de Juley, ligó por los pies a los dos. Tras cinco minutos de trabajo, sus presas estaban sujetas y trabadas de una forma tan perfecta que comprendió, no se librarían por sí solos en un día entero. Luego los arrastró hasta colocarlos tras las sillas.

—Vamos —dijo a Lena—. Por el momento, nada más tenemos que hacer aquí.

La mujer necesitó que él la levantase. Parecía abrumada, deshecha por lo que acababa de presenciar.

—Tiene que animarse. No relacione a Jeff con todo esto. El falleció de muerte natural.

—¿A dónde quiere que vayamos ahora? —musitó, débilmente, la mujer.

—Mire. —Henry extrajo unos documentos que acababa de guardar en su bolsillo— Al atar a esos individuos los he registrado también. No llevan más documentación que su permiso de conducir, pero he comprobado que ese de los ojos de perro me ha dado los nombres auténticos. Claro que no tenía otro remedio, porque ya podía suponer que iba a registrarle. ¿Sabe qué voy a hacer con esto? Ir a la policía. No hay duda de que esos dos tipos tendrán algo muy importante que explicar. Sin duda, aclararán el misterio que envuelve el cadáver de Jeff y de paso dejarán en limpio mi situación, que tiene también lo suyo.

Cerró cuidadosamente la puerta y echaron a andar entre las sombras, persuadidos de que nadie les veía desde las casas fronterizas.

—Explíquemelo todo, todo —susurró ella.

Henry la temó del brazo, para que se sintiese acompañada y empezó a narrarle lo sucedido. No añadió ni omitió detalle, explicando incluso lo del cadáver de la rubia, cosa que ciertamente parecía comprometerle. Al finalizar, estaban cerca de las luces de Graham Circus y lentas lágrimas resbalaban por las mejillas de Lena.

—Comprendo que todo esto ha de ser terrible para usted —añadió él—. ¿Quería mucho a Jeff?

La muchacha alzó hasta su rostro aquellos ojos limpios, serenos, donde parecía nacer una poética luz. Murmuró:

—Hace más de dos años que no veía a Jeff. Y ese tiempo me ha permitido apreciar con claridad sus defectos, sus virtudes. Me ha permitido contemplarlo a distancia y tal cual era. Un muchacho que se hacía querer por todo el mundo. Así era Jeff —sentenció solemnemente, como si acabara de crear la frase que hubiera de esculpirse en su tumba—. Pero si además de eso me pregunta si estaba enamorada de él, no sabré qué contestarle. O, mejor dicho, tal vez le conteste que no lo estaba. Una mujer sabe distinguir claramente entre el hombre a quien aprecia y el hombre de quien está enamorada, lo merezca o no. Quizá Jeff no hubiera llegado nunca a infundirme ese sentimiento. Pero yo le quería mucho... ¡mucho!

Nuevamente las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Se las secó porque llegaban a Graham Circus.

—Estamos viviendo los dos una curiosa situación —dijo luego, mirando a Henry—. Una situación desagradable y violenta, pero me complace saber que es usted mi compañero en ella. Se le adivina un hombre decidido a todo y dispuesto, además, a sacrificarse por los otros. Esto no abunda hoy en Denver ni en ninguna parte.

—También los tipos que encerramos estaban decididos a todo —cortó Henry— excepto a matarnos, porque sin duda les interesaba lo que yo pudiera decirles. Pero tienen cómplices en el exterior. Los mismos que se llevaron el ataúd con el cadáver de Jeff dentro. ¿Qué ocurrirá si inquietos por su tardanza, llegan al caserón antes de que nosotros hayamos dado parte a la policía?

Aquello era una clara invitación a Lena para que tomasen un taxi de los estacionados en Graham Circus y no perdiesen más tiempo en explicaciones. Pero Lena permaneció irresoluta, como atormentada por un pensamiento.

—¿Lleva el revólver?

—Sí. En cuanto al otro, tenía el cilindro estropeado. Lo miré mientras les ataba por los pies. Y si está inquieta por la herida del llamado Mike, no morirá de ella. Pienso estar de vuelta allí antes de media hora, con la policía.

—¿Y si no creen sus explicaciones? ¿No ha pensado, Henry, que si esos hombres han obrado con tal audacia es porque tienen a su disposición una coartada a toda prueba? Al entrar en el Departamento de policía, ¿no será usted mismo quien se meta en la ratonera?

Las palabras de Lena, cargadas de sensatez, impresionaron a Wore.

Cierto que él tenía muchas cosas a su favor, pero también muchas cosas en contra. Si como decía Lena, los dos tipos encerrados en el caserón contaban ya de antemano con una buena coartada que justificaba sus actos, ¿cuál iba a ser su papel ante la policía? ¿Creerían en la honradez del hombre que había ocultado el cadáver de una mujer y que había transportado el de un hombre desde Chicago hasta Denver, en el lejano Colorado?

—Sus palabras me hacen tomar una decisión, Lena —dijo él—. Si voy a la policía lo haré solo. Usted no tiene por qué verse

mezclada en esto.

—Es que yo no iría a la policía —reafirmó la mujer—. Lo considero un error en sus circunstancias. ¿Por qué no busca antes una prueba que lo justifique a los ojos de los inspectores?

—Mi prueba era usted —afirmó tristemente Henry—. Usted y los familiares de Sterling, que por lo visto sólo consisten en una mujer anciana. Si vine aquí fue por varios motivos, entre ellos distanciarme del cadáver de la mujer rubia y buscar instintivamente un gran reportaje. Pero el principal motivo fue ése. Ustedes lo aclararían todo y de paso se aclararía también lo del cadáver de la mujer, pues no hay duda de que ambas cosas van ligadas. Pero el asunto es más complicado de lo que yo supuse. Ustedes no saben nada. Y realmente he pensado también si no será temerario presentarse así ante la policía. Creo haber llegado ya a los límites de la lógica en cuanto a este caso se refiere. ¿Dónde buscar ya más? ¿A quién acudir?

Lena se detuvo. Pareció reflexionar intensamente, con la barbilla sobre el pecho.

—Entre las personas que trataban a Jeff, sólo falta preguntar al profesor Goldwin. El sabio cuya casa vigila la policía, recuérdelo. Comprendo que no hay apenas posibilidad de que él sepa algo, pero debe intentar verle. Es el último eslabón. Si éste falla, preséntese a la policía o venga a mi casa. Yo me comprometo a ocultarle durante esta noche. Y si lo desea, iré a la policía yo misma. Conozco algunos agentes en Denver y me escucharán sin precipitaciones. Puedo ser el testigo que usted necesita.

La actitud de la muchacha era firme, cordial. Henry agradeció con una intensa mirada las palabras que tanto le alentaban en estos momentos. Pero denegó con la cabeza.

—Gracias, Lena. En primer lugar, no me gusta protegerme tras ninguna mujer. Y, en segundo lugar, sus bienintencionados deseos tienen un fallo, que el fiscal se encargaría inmediatamente de poner de manifiesto: usted sabe, en realidad, lo que yo le he contado. Nada más. Y todo cuanto declarase caería por su base ante la policía y luego ante un jurado, de no resolverse antes las cosas.

Lena volvió a inclinar la cabeza, abrumada. En aquel momento, debía tener la sensación de que la ciudad entera daba rapidísimas vueltas ante sus ojos dilatados por el miedo.

—Márchese usted ahora, Lena. Y no crea que olvidaré la oferta que me ha hecho, aun no aceptándola, en estas circunstancias vale más de lo que usted misma supone. Iré a casa del profesor Goldwin y si como es de esperar, no consigo nada, tomaré una decisión.

Al ver que ella no se movía, insistió:

—Márchese, Lena.

Ella le miró. Y entonces, él se sintió atravesado por sus ojos, por su presencia. Se sintió obsesionado como si aquella mujer indefensa ante él constituyera el vértice del mundo.

—Gracias por lo que ha hecho, Henry. Es usted todo un hombre.

Volvió la espalda y se alejó con paso rápido. El la vio marchar con los ojos empañados por la dulzura de su presencia, pero con una rígida mueca en los labios: la mueca del hombre acorralado y decidido a cualquier cosa. Dio media vuelta otra vez y echó a andar por Graham Circus. Las luces recortaban su figura alta, elástica. Entró en un bar cercano, pidió un doble de coñac y la guía de teléfonos.

Encontrar en ésta la dirección del profesor Goldwin, le costó un minuto. Beberse el doble de coñac, apenas diez segundos.

Después de esto se sintió más reconfortado. Fue a la cabina y marcó el número del Prefecto de policía más próximo, tras introducir un níquel por la ranura. Le contestó una voz aburrida, sin duda perteneciente al sargento de guardia.

—Polic...

—Conozco el disco, no siga. Preste atención porque es importante lo que tengo que decirle.

—Todo el mundo nos llama para cosas importantes, excepto para aumentarnos el sueldo. Suelte el rollo. ¿Le ha mordido un perro? ¿Se ha peleado con su suegra? ¿La diligencia en que usted viajaba ha sido asaltada, tal vez por el fantasma de Billy «El Niño»?

—¿Conoce usted la calle Lamb?

—Sí, se inicia en Graham Circus.

—¿Sabe que aproximadamente en su centro junto a los campos, hay un local de invierno perteneciente al Partido Demócrata?

—¡Puaf! ¡Los demócratas! ¡Siga!

—Acudan allí sin tardanza. Encontrarán atados a dos individuos, uno de los cuales está ligeramente herido. Sin duda tendrán muchas cosas interesantes que explicarles.

La voz del policía se animó de repente.

—Oiga, ¿quién es usted?

—No se preocupe por eso ahora. Ni se preocupe tampoco por localizar la llamada. Le estoy hablando desde un bar de la misma Graham Circus y dentro de quince minutos le llamaré desde otro sitio bien distante. Es muy importante para mí saber qué han dicho esos individuos y con qué garantías cuento para ir a verles.

—Oiga, si usted...

—No estoy dispuesto a perder tiempo, sargento. Haga salir a sus gorilas inmediatamente y no se preocupe de más. Sé que si dentro de quince minutos me aseguran que puedo ir a verles con garantías, cumplirán su palabra. Y ahora, actúe.

Colgó, salió, tras pagar y llamó un taxi. Le dijo que le llevara poco a poco hacia el otro extremo de Denver. El profesor Goldwin vivía en la vertiente opuesta de la ciudad. El coche empleó unos veinte minutos en el recorrido. Henry entró en otro bar y telefoneó de nuevo al Prefecto de policía.

Al reconocer su voz, el sargento tardó en contestar. Sin duda, estaban ya localizando su llamada.

—¿Los encontraron?

La voz sonó lenta y grave al otro extremo del hilo:

—No dos, sino uno, amigo. Y éste estaba... ¡muerto!

CAPÍTULO VIII

LA HORA DE LA DECISIÓN

Henry Wore sintió como si el auricular quemase entre sus dedos.

—¡Imposible! ¡La pequeña herida que tenía en la mano no puede haberle causado la muerte!

—¿De qué pequeña herida me está usted hablando? —La voz del sargento era calmosa y lenta, tratando de ganar tiempo mientras los de la Móvil salían volando hacia la cabina de teléfono ya localizada. Henry lo comprendió así, pero el asombro le mantuvo quieto—. ¡El tipo a quien encontramos tenía atravesada la cabeza!

¡No era posible! ¡El mundo entero parecía dar vueltas en el cerebro de Wore!

—¿De qué clase era el arma con que dispararon? —preguntó, pensando que tal vez uno de los dos prisioneros se había librado, matando al otro, aunque esto le pareciera absurdo ya en el momento de pensarlo—. Sé que no debe usted decirlo, sargento, pero sé también que hará lo posible por retenerme aquí mientras los coches que usted ha enviado se acercan. Esto es un juego leal. Usted me lo dice y yo no me muevo de aquí mientras tanto.

Se oyó carraspear al otro lado del hilo.

—A ver... A ver... Tengo un informe preliminar... Henry sudaba.

—Dice que... No leo bien... Dispararon con una pistola pequeña de calibre siete y medio y a boca de jarro.

No habían disparado, pues, con el revólver de Mike, que, por otra parte, estaba estropeado. Ni había más armas en el caserón. Quien fuese había entrado en la casa minutos después de salir ellos,

obrando rápidamente y sin el menor asomo de conciencia.

—Veo que no tengo garantías para presentarme ante ustedes —contestó Wore—. Nadie las tendría en mi situación. Pero procuraré aclararla.

Colgó el aparato y salió a toda prisa. Por suerte para él, frente al bar había un teatro, y a éste correspondía una parada de taxis. Tomó uno y ordenó al conductor que le llevara a la entrada de Bell Street. Goldwin vivía en el número 30, de modo que tendría que andar poco y no daría al chofer excesivas pistas. Cuando habían doblado dos manzanas, se cruzaron con un coche de policía que venía a todo gas.

Bell Street, como había supuesto, era una Calle residencial y tranquila, parecida a aquélla en que vivía Lena. Sólo que aquí las casas eran más antiguas y solemnes y recordaban los hermosos grabados en seco de Samuel Chamberlain, Pocas luces alumbraban la calle, cuyas aceras mostraban una ligera pátina de humedad. Henry echó a andar buscando el número 30. Éste era un edificio mayor que los otros, pero más feo. Había en él pocas ventanas. Y frente a la puerta, ningún policía.

Cautelosamente, pues la vigilancia podía estar dentro, Henry se acercó a la entrada. La puerta, cosa extraña, no estaba cerrada, sino entornada tan sólo. Dentro sonaba ruido de pasos precipitados.

Henry dio vuelta a la casa, y no encontró lugar por donde colarse. El famoso recurso de abrir una ventana de guillotina no valía aquí, pues las persianillas de hierro estaban echadas. No le cabía más remedio que entrar por la puerta, pero ¿cómo?

Se acercó otra vez cautelosamente a la fachada principal de la casa. Como había supuesto, junto a la puerta estaba alguien, porque se abrió rápidamente y un tipo de unos cuarenta años, alto y fornido, con el sombrero calado hasta los ojos, pareció salir para olfatear el aire. Luego entró de nuevo, pero sin cerrar la puerta.

«Debe de ser un polizone —se dijo Henry—. El que vigila la casa de Goldwin».

No se atrevió a moverse hasta ver qué giro tomaban las cosas. Y no tuvo que esperar mucho. Apenas dos minutos después, el mismo tipo salía junto con otros dos que vestían gabardinas y sombreros también calados hasta los ojos. Fueron a paso rápido hacia un coche que estaba parado cerca, en una zona de sombra y arrancaron sin

dilaciones.

Henry esperó a que el coche se hubiese alejado. Cinco, seis minutos, no fuera que se les ocurriese volver. Se acercó de nuevo a la puerta de la casa y vio que ésta estaba cerrada ahora. Empezó a probar con las diversas llaves que tenía en sus bolsillos para ver si alguna encajaba bien. Tras cinco minutos de laboriosos intentos, descubrió que la de su maleta de viaje, entrando un poco inclinada, abría la puerta. Pero no tuvo tiempo de franquearse la entrada. Habían transcurrido ya unos once o doce minutos desde que los tres hombres salieran, y ahora Henry escuchó un chirrido de frenos cerca de su espalda. Podía ser que, en contra de lo que había creído, hubiesen salido tan sólo para unos momentos y regresaran ya. Maldiciendo, se echó hacia atrás y le tragarón unos arbustos situados cerca de la entrada.

En efecto, eran los mismos tipos, sólo que ahora se movían un poco más aprisa. A causa de sus sombreros, Henry no los pudo reconocer, aunque uno de ellos despertó en su memoria un vago recuerdo. Pero era algo demasiado inconcreto. Cuando trató de precisar, los tres hombres habían desaparecido ya, cerrando tras sí la puerta.

No le quedaba más remedio que aguardar, aunque esta vez decidió aprovechar mejor el tiempo. Ya que por el momento no podía entrar en la casa vería al menos lo que había en el coche. Se acercó a él y miró a través de las ventanillas. En los asientos anteriores nada. En los posteriores... Bueno, pareció como si alguien le hubiese clavado un alfiler en los ojos, tal sacudida sufrió en ellos. ¡Porque cruzado en el lugar de los asientos posteriores, había un ataúd!

Henry palpó su revólver. Ya estaba sobre la pista de los que, no sabía por qué causas, pretendían ocultar el cadáver de Sterling. Y no les dejaría escapar. Con el revólver silenciador iba a disparar sobre un neumático, y luego avisaría a la policía. Pero en aquel momento, volvieron a salir los individuos. Ahora eran cuatro.

Henry, semioculto tras el coche, levantó el revólver. No le asustaba enfrentarse a cuatro tipos mientras éstos estuviesen desprevenidos. Pero pronto pudo ver que los que se acercaban a él, no lo estaban, ni mucho menos. Uno de ellos llevaba bajo el brazo, montada y lista, una metralleta «Thompson». No era un alarde de

audacia llevarla así, puesto que nadie transitaba en aquellos momentos por la calle en penumbra. Pero para Henry fue como un claro aviso de que si intentaba algo le cribarían la piel. Y no era sólo esto, sino que aquellos tipos se desharían con él del único individuo que estaba sobre su pista.

Se ocultó lo mejor que pudo tras el mismo coche. Éste era grande, un «Lincoln» último modelo, y delante cupieron tres de los hombres. El otro, detrás.

Ninguno de ellos vio a Henry. El «Lincoln» se alejó velozmente, mientras él se inclinaba sobre el bordillo de la acera para hacerse menos visible. Aún llevaba el revólver en la mano. Lo ocultó al ver desaparecer el coche y se dirigió corriendo hacia la casa.

Ahora sabía que el profesor Goldwin estaba relacionado de algún modo con el misterio que envolvía a Jeff Sterling. Lena le había dado la pista poco antes, cuando le dijo que probara aquel último eslabón.

Introdujo la llave en la cerradura, tanteó y al fin pudo abrir. No hizo para ello el menor ruido. Se encontró en un vestíbulo con las luces encendidas. Allí nacía una escalera que iba a los pisos superiores, pero por el momento la ignoró. Seguramente Goldwin tendría su despacho o los laboratorios en la planta baja. Fue hacia la parte derecha del edificio y olfateó el aire. Le llegó un extraño y repelente olor: olor a carne quemada.

Cuando, iba a entrar en el despacho, cuyas luces estaban encendidas también, estuvo a punto de lanzar una exclamación de asombro.

Un hombre de unos cincuenta y cinco años, prematuramente envejecido, vestido con buenas ropas aunque sin elegancia, yacía cruzado en medio del pasillo. Por la expresión de su rostro, se adivinaba que había muerto estrangulado. Pero el cadáver estaba aún caliente. Le habían dado muerte no hacía muy poco.

Henry Wore notó que gruesas gotas de sudor empezaban a correr por su frente. Aquél era, sin duda, el profesor Goldwin. El último eslabón que le unía a la verdad. Y ahora estaba muerto...

Pero no habían acabado las sorpresas para él. Al entrar en el despacho, vio, sentado en el sillón tras la mesa, a Mike, al que él hiriera en la mano. Estaba apoyado en el respaldo del sillón y no se movía. No se movía absolutamente nada.

CAPÍTULO IX

CURVAS PELIGROSAS

Henry se acercó a él. Pudo entonces comprobar que era de su cuerpo de donde provenía aquel sorprendente olor a carne quemada.

Se plantó junto al hombre casi de un salto. Vio entonces que estaba muerto a causa de un tiro en el corazón, del que apenas había manado sangre. Pero no era esto lo más inquietante. ¡Le habían torturado, además, salvajemente, abrasándole el cuello!

De repente, Wore tuvo la sensación de que iba a volverse loco. Aquello no sólo era inconcebible, sino demasiado bárbaro para que pudiera suceder impunemente en el barrio residencial de una ciudad civilizada. Se secó con el dorso de la mano las gotas de sudor que perlaban su frente y entonces oyó aquella voz:

—¿Sorprendido, amigo?

Era una voz de mujer.

En lo primero que Henry pensó, antes de volverse, fue en Lena. Estaba acostumbrado a relatar en su periódico casos en que la linda paloma inocente era al final la culpable. Casos auténticos, que sucedían realmente. Además, ¿no era ella la que le había dado aquella dirección? Henry pensó en Lena como sin duda el lector pensará en Lena también, Pero la vida es mucho más complicada de lo que Henry pensaba. Mucho más complicada de lo que suele pensar todo el mundo.

—Vuélvase con los brazos en alto.

Henry obedeció y... Bueno, no era Lena. Pero quien se hubiese quedado con aquella mujer en lugar de Lena, no perdía mucho en el

cambio. Era una rubia colosal, impresionante. Una rubia como para incendiar una fábrica de hielo. Llevaba un abrigo ligero, desabrochado, que dejaba ver debajo un rutilante vestido negro. Sus zapatos eran de alto tacón. Llevaba medias oscuras. Lucía un collar y unos pendientes que hubieran llamado la atención de la mismísima Begúm. Y un pequeño e intrascendente detalle que deshacía el conjunto: en su derecha empuñaba una pequeña pistola de calibre siete y medio.

—Encantadora amenaza —comentó Henry—. Mucha gente pagaría dinero por encontrarse a solas con usted aun cuando fuera con esa pistola de por medio. ¿Quiere decirme su nombre y así lo anotaré en el álbum de mis recuerdos?

La mujer sonrió. Tenía una sonrisa hermosa, pero demasiado dura. Y, sobre todo, tenía en la derecha una pistola del calibre de la que había servido, para matar a Juley, el compañero de Mike.

—Usted será quien me de su nombre —conminó, entre dientes, ella.

—Henry Wore. ¿Para qué mentir?

—¿Y qué hace en esta casa?

Henry dirigió su mirada hacia el cadáver del corredor, una de cuyas manos se veía junto al umbral de la puerta. Y miró también de reojo el cadáver de Mike, que tenía a su espalda.

—Soy inspector de cementerios —susurró, burlonamente—. Acaban de concederme el nombramiento.

La mujer levantó su pistola un poco.

—No voy a perder tiempo —musitó roncamente—. Planteadas las cosas en un terreno de violencia, estamos decididos a llevarla hasta el fin. Si es usted uno de esos perros del FBI, ya pasarán una pensión a su viuda. Si no lo es... peor para usted.

El choque la hizo tambalearse. No pudo ni siquiera disparar.



De pronto, los cristales saltaron nechos añicos...
7 — ATAQUE

Henry había comprendido que aquella mujer no bromeaba. Y había comprendido también que, aunque la Muerte se vista de hembra hermosa sigue siendo la Muerte. Por eso, cuando ella hablaba tensó sus músculos. Y con una agilidad de la que la mujer no le creía sin duda capaz, saltó por los aires en una fantástica pirueta, enlazando con ambas manos la pistola. Ésta cayó al suelo

trazando una parábola. La mujer gimió presa de un ataque de rabia. Trató de sujetar por los cabellos a Henry, pero éste era demasiado ágil. Se contorsionó otra vez, cayeron los dos y él quedó encima.

No se entretuvo ni un segundo en considerar lo placentero de aquella nueva situación. Propinó un golpe en el cuello a la mujer, dejándola medio asfixiada y se levantó de un salto.

Dio un puntapié a la «siete y medio», arrojándola a un rincón de la pieza, y desenfundó su revólver provisto de silenciador.

—Bien, guapa, creo que las cosas han cambiado. Ahora no tendrás más remedio que decir que si a todo, aunque te pregunte si quieres casarte conmigo.

La mujer gimió y luego lanzó una maldición que hubiera estado pasable en boca de un conductor de ganado, pero no en la suya.

—¡No me entregarás al FBI! —Silbó entre dientes—. ¡Soy capaz de suicidarme antes!

—¿El FBI? ¿De qué diablos me estás hablando?

La mujer se puso en pie, mirándole con sus grandes ojos muy abiertos.

—¿Quién eres? —preguntó secamente.

—Antes vas a decirme quién es ese hombre a quien habéis abrasado el cuello. Sé que se llama Mike, y nada más. Él dijo que era abogado, pero sé también que mentía.

Una burlona sonrisa apareció en los labios de la mujer. Era como si de repente comprendiera que no todo estaba perdido para ella, y que aquel hombre estaba en realidad tan desorientado como un astrónomo en un gallinero. No contó con que Henry había decidido adoptar una actitud más bien ingenua, sabiendo que ése era el modo más seguro de arrancar rápidamente alguna información a su prisionera. Rápidamente, sobre todo, porque ni ella ni él tenían un minuto que perder.

—Ese hombre es abogado en realidad. No te mintió.

—¿Y a qué organismo pertenece?

—Mmmm... Dejó, su bufete hace tres años al comprender que su auténtica vida no era aquélla. Y desde entonces se convirtió en uno de los mejores especialistas y uno de los mejores sabuesos del FBI.

Henry sintió un calambre en la espalda, como si ya le hubiesen sentado en la silla eléctrica.

—¿Estás segura de que este hombre pertenecía al FBI? —

susurró, tratando de demostrar que no daba importancia a la pregunta, pero sintiendo en realidad cómo pinchaban todos sus nervios—. ¿Y que Juley pertenecía al mismo organismo?

Trató de recapacitar mientras preguntaba, pero no pudo. Todo era demasiado embrollado. La única conclusión que se presentó a su mente fue ésta: había dos grupos de personas interesadas en buscar el ataúd.

Por una parte, el FBI, por otra, los tipos que acababan de asesinar a Mike, Juley y el profesor Goldwin. Ésta era la única cosa concreta y bajante que sabía por el momento.

—Creo que se está usted riendo de mí —dijo la mujer—. Sabe de sobras que los dos son, compañeros suyos. Sabe de sobras, también, por qué querían ocultar el ataúd.

—¿Por qué? Usted parece saberlo todo.

—Para que nadie se enterase en Denver de que Sterling había vuelto. ¿O cree que somos tontos?

¡Para que nadie se enterase en Denver de que Sterling había vuelto! Bueno, pero ¿y por qué? En el cerebro de Henry, los pensamientos rugían en una verdadera tempestad de confusiones.

—Vamos a proceder con orden —rezongó—. Y le advierto que puede convenirle más sincerarse conmigo que con los gorilas del FBI, ya que yo soy un simple periodista. Empezé por decirme su verdadero nombre.

La mujer iba adquiriendo aplomo por momentos. Segura de que Henry no tenía ningún motivo para conocerla, sonrió:

—¿Mi verdadero nombre? Adivínelo usted mismo.

Los ojos del hombre parecieron de repente, dos lagos de aguas frías. Contemplaron punto por punto a la mujer, desde sus zapatos de alto tacón hasta su exquisito peinado de última moda. Brillaron sus pupilas como dos chispitas de luz. Sus párpados se alzaron un poco, sorprendidos, volvieron a bajar...

—Mire a su espalda —indicó sordamente—. En ese perchero del ángulo verá un sombrero de hombre. Póngaselo.

Ella le miró como si creyera hallarse en presencia de un loco.

—¡He dicho que se lo ponga! ¡Y no me haga repetir la orden!

Amenazada por el revólver que seguía todos sus movimientos, la mujer fue hacia el perchero, descolgó el sombrero y se lo puso. Lo hizo con gracia. Aunque no lo sentaba bien, claro está, no resultaba

tampoco ridícula.

—¿Quiere decirme qué se propone?

—Se sorprenderá aún más cuando le de la siguiente orden. Es ésta, sencillamente: ¡enséñeme las piernas!

—¿Está loco? ¿O es que quiere aprovecharse de la situación antes de entregarme?

—La calidad de sus piernas me importa un comino, pero necesito verlas. ¡Vamos! ¡Incliné el sombrero de modo que le cubra media cara y obedézcame!

La mujer obedeció, con un gesto de instintiva coquetería. Sus piernas se mostraron por completo a los ojos de Henry Wore. Pero como bien había dicho, a éste no le importaba su calidad. Sus ojos volvieron a parecer otra vez dos lagos de agua fría mientras examinaba el conjunto. Luego se abrieron un poco. Un rayo de luz negra, triste, se iba haciendo en su cerebro. Recordaba las ilustraciones para anuncios que viera en la redacción del «News Times». Las recordaba ahora con una nítida claridad. Y sus manos sufrieron una crispación nerviosa... ¡Porque aquella mujer que adoptaba instintivamente una pose tan profesional, aquella mujer que sólo le mostraba medio rostro, como en los anuncios, no podía ser sino la hija de William Cox, «La Dama Desconocida»!

—Bueno, ¿se ha cansado de contemplarme?

Henry ni siquiera se dio cuenta de las palabras de la joven. Tardó en reaccionar.

—¿Eh? Sí, sí... Puede cubrirse. Ya no necesito que me diga su nombre.

—¿Por qué? —Parecía aun completamente segura de sí misma.

—Porque usted me lo ha dicho ya: Se llama Ruth Cox. ¡Ése es su nombre!

La actitud de la mujer cambió en un segundo. Sus ojos se dilataron y sus mandíbulas, al juntarse, produjeron un chasquido. Saltó hacia Henry como una leona presta a defender su vida.

—¡No me sacará de aquí! —chilló—. ¡No conseguirá entregarme!

Golpeó a Henry en el rostro con ambos puños. El periodista, aun sabiendo que se las había con una mujer sin conciencia, no podía disparar contra ella, sobre todo después de conocer su identidad. Por eso se limitó a empujarla y arrojarla contra un rincón de la

pieza. Ruth gimió, tanteando el suelo. Y entonces su mano derecha tropezó con la pistola del calibre del siete y medio que yacía abandonada.

—¡Con ella liquidé a Juley! ¡Con ella morirás tú también!

Henry hizo fuego, pero no a matar. Su intención era alcanzar la pistola con una bala y destrozarla. No obstante, no pudo repetir la excepcional puntería de sus disparos en el caserón. Dos balas rebotaron en las baldosas sin alcanzar el arma. Ruth consiguió sujetarla.

—¡No sea loca! ¡La mataré si levanta esa pistola!

Pero Ruth no la levantó. Estaba aterrorizada y sólo pretendía huir. Dio un salto hacia la puerta, mientras disparaba a ciegas. Henry se situó ágilmente tras la mesa y disparó también. La bala de Ruth alcanzó el cadáver de Mike, haciéndolo mover siniestramente. Henry pudo haberla matado, pero no lo hizo. Le rozó tan sólo una pierna con ánimo de atemorizarla. No lo consiguió. La mujer se lanzó hacia la puerta.

—¡Está loca! ¡Sólo conseguirá morir!

Escuchó el ruido de la puerta de la calle mezclado con un brusco chirrido de frenos. Luego, un grito ansioso de Ruth y la voz de un hombre:

—¡Alto! ¡Alto, en nombre de la Ley!

Un disparo. Henry lo reconoció al instante como proveniente de la pistola del calibre siete y medio. Luego una maldición de hombre y enseguida la ráfaga. La larga, atronadora y despiadada ráfaga de metralleta, mezclada con los gritos de la hermosa Ruth, mientras las balas ensangrentaban su cuerpo.

CAPÍTULO X

LA MUERTE VIAJA HACIA EL ESTE

Henry había estado en la guerra y había visto muchas cosas que mejor era olvidar. Pero, aun así, la ráfaga le deshizo los oídos. Fue como si la sintiera dentro de su cráneo y como si las balas atravesaran su propio cuerpo.

Un silencio repentino, espeso, se hizo después de los disparos. Y por contraste fue el silencio lo que despabiló a Henry. Se dio cuenta de que los policías estaban allí y de que su situación era más comprometida que nunca. Había averiguado algunas cosas, pero..., ¡a qué precio! Al precio de su propia vida, si no se ponía al instante en movimiento. Diez segundos le bastaron para pensar más que en toda su existencia.

Era cuestión de serenidad. Si la perdía, como Ruth, estaba listo.

Vio que en el despacho había la puerta de entrada, abierta, y dos puertas más, cerradas. Una a la derecha y otra a la izquierda. La de la derecha tenía acoplado un mecanismo de cierre automático. La de la izquierda, no.

Henry supo aprovechar hábilmente esta circunstancia. Tuvo serenidad.

Fue hacia la de la derecha y la abrió del todo, soltándola luego. El mecanismo automático de cierre empezó a funcionar. Como todo el mundo sabe, una puerta en estas condiciones tarda unos treinta o cuarenta segundos en cerrarse. De modo que cuando el primer policía entrase vería aquella puerta previéndose aún. Y con la velocidad de un gamo, Henry se evaporó por la otra, que abrió y cerró silenciosamente.

Se encontró en un pasillo largo que daba a una sala para la servidumbre, las cocinas y la parte posterior de la casa. Estaba llegando a ésta cuando escuchó una voz:

—¡Por aquí, Jim! ¡Mira, la puerta aún se mueve!

Henry subió, con movimientos espasmódicos, la persianilla de una de las ventanas. Si habían rodeado la casa lo más probable era que le acribillasen al verle aparecer. Por los síntomas, la policía de Denver no estaba demasiado lejos de las antiguas milicias locales de Colorado. Tiraban primero y preguntaban después.

Afortunadamente, aún no habían cercado la casa. Henry pensó que o pasaban casualmente por allí cuando oyeron los disparos o no habían rodeado por el momento la casa, creyendo que sólo la rubia estaba en ella. De todos modos, ahora lo harían. Había que obrar con rapidez.

En cuanto a por qué la policía había llegado hasta allí, la explicación no era tan clara. Pero no resultaba aventurado suponer algo así: En Nueva York, al ver el cadáver que encerraba el «Patoken», William Cox habría dicho que aquella no era su hija. Investigando en las estaciones, los de la Metropolitana habrían averiguado que él, o sea el tipo que despachó aquel ataúd, había volado hacia Denver. Por lo tanto, la policía local estaría sobre la pista de una mujer rubia con los datos proporcionados por William Cox y sobre la suya propia. Pues cualquiera hubiese supuesto que donde estuviera él, estaría, cerca o lejos, la rubia auténtica. Está, ya localizada, habría atraído sin querer a la casa del profesor Goldwin a los agentes que estaban tras sus huellas. Y allí había acabado su vida. Allí acabaría también la de un tipo llamado Henry Wore si éste no se daba más prisa que un gamo.

Saltó la valla del jardín posterior y un momento después estaba en la calle. No vio ningún taxi, lo que en aquel momento hubiera sido su salvación. Pero sí vio un pequeño parque contiguo por el que se introdujo con más agilidad que una ardilla. Minutos después salía por el otro lado, encontraba un taxi y daba al conductor las señas de Lena.

Si los policías habían ido a la casa del profesor Goldwin atraídos tan sólo por la hija del jefe, es que no estaban en el quid del asunto. Lena, por el momento, seguiría libre. Y tal vez fuera ésta la ocasión para aceptar su oferta de proporcionarle escondrijo por una noche.

Contuvo la respiración al llegar a la calle indicada. Había tres coches de la policía detenidos frente al caserón. La fachada de éste estaba tétricamente iluminada por un par de focos de pie, instalados a toda prisa. Los agentes se movían de un lado a otro, nerviosos, mientras un grupo de unas quince personas presenciaban la escena. Éstas hicieron de providencial pantalla cuando Henry, con un tapón de saliva atravesado en la garganta, pagó el taxi y se introdujo a toda prisa en la calle de Lena.

La puerta estaba abierta, pero una campanilla osciló al entrar él. Una mujer de unos cincuenta años, vestida con bata y delantal, acudió al instante.

—¿Lena? —preguntó Henry, con voz ligeramente ansiosa.

—No está. Ha salido hace un momento, pero sin duda la encontrará por ahí cerca. No creo que piense estar mucho rato fuera, cuando no se ha llevado ni el bolso.

—¿Ha venido alguien a buscarla?

—Sí. Nuestro vecino, el señor Mel Ravenson. Creo que querían ver lo que ocurría ahí fuera.

Una intensa palidez se extendió por las facciones del joven.

—Dígame: ¿ese Ravenson venía solo?

—No lo sé. Ni idea. Es nuestro vecino y muchas veces han salido los dos. ¿Por qué había de preocuparme? Oiga y a propósito, ¿a qué viene todo eso?

—Soy el tutor de Lena —dijo Henry, apretando los dientes—. ¿No lo sabía?

Y salió disparado.

La casa de Mel Ravenson era la contigua, lo sabía bien. Llamó y no le abrió nadie. Todo estaba a oscuras. Empujó sin contemplaciones una ventana y entró. El revólver con silenciador relucía en sus manos, y si en aquel momento hubiese tenido que usarlo para tirar a matar, no habría vacilado un instante. Encendió las luces de la casa y lo vio todo en el mayor desorden. Allí había vivido más de un hombre, pues había copas, botellas, corbatas y zapatos de diversas medidas por todas partes. Sin duda se habían llevado lo más indispensable. No había ninguna ropa femenina. Lo que indicaba que Ruth Cox vivía en otro sitio. En cuanto a la presencia de los tipos que le acompañaban, Mel Ravenson, o le habría sido difícil justificarse presentándolos en la vecindad como

socios o como amigos que descansaban una semana en su casa. Lo cierto era que ahora todos habían levantado el vuelo, llevándose además a Lena.

Henry se sintió solo y encajonado entre las paredes de la casa vacía, y en este instante le acometió una extraña sensación de fracaso, de temor supersticioso casi ante lo que estaba sucediendo.

«He de salir de aquí —se dijo—. He de actuar...». Buscó la parte trasera de la casa y salió por ella. Tuvo que emplear la pequeña ventana de un cuarto de baño y saltar desde el primer piso, pues las dos calles no estaban al mismo nivel, pero todo lo dio por bien empleado con tal de escapar de allí. El aire fresco le tranquilizó y pareció darle una mayor sensación de seguridad. Echó a andar rápidamente, buscando los espacios de oscuridad, sabiendo que tenía prácticamente a toda la policía de Denver encima.

Le parecía evidente que Mel Ravenson era el cerebro director de aquel trágico juego en el que todas las partidas conducían a la muerte. Y no dudaba de que habría marchado a Nueva York, donde, según le dijo Lena, tenía sus oficinas principales.

Mientras caminaba a toda prisa, Henry trató de reflexionar con calma y de dejar concretados los hechos a la luz de lo que ya sabía. Tras media hora de agitado caminar llegó a algunas conclusiones, pero deshilvanadas aún. Entró en un bar que le salió al paso, se sentó ante una mesa, pidió un coñac doble y se puso a escribir sobre un papel, ordenándolas, las conclusiones a que había llegado. Eran éstas:

PERSONAJES

RUTH LEX

QUIERE SER ARTISTA Y FRACASA. DESCENDE A LAS FOTOS PUBLICITARIAS. NECESITA DINERO Y ENGAÑA A TODO EL MUNDO. SU PROPIO PADRE LA CREE RICA. AL FIN CONOCE A...

MEL RAVENSON

DESE DE SER JEFE DE UNA BANDA DE ESPÍAS QUE ACTÚAN POR SU CUENTA. DE OBRAR A SUELDO POTENCIA EXTRANJERA ESTARIA MEJOR APOYADO. QUIERE APODERARSE DE LOS PLANOS DEL SATELITE ARTIFICIAL DEL PROFESOR GOLDWIN?

PROFESOR GOLDWIN

ESTÁ DISPUESTO TAL VEZ A VENDER SU SECRETO. DE OTRO MODO LE HABRIAN ASALTADO ANTES PERO AL FIN SE ASUSTA Y PARA ROBARLE Y A FIN DE QUE NO HABLE, LE ESTRANGULAN.

RUBIA HALLADA MUERTA EN EL TREN

RUTH DEBIO ESTAR EN CHICA - GO. LA POLICIA FEDERAL SOSPECHABA YA DE ELLA, PUES NO ESTABA SEGURA DE SU IDENTIDAD. DEBIO ENCERRAR EN SU HABITACION A CUALQUIER POBRE MUJER QUE SE LE PARECIERA Y DISPARO CONTRA ELLA, FINGIENDO UN SUICIDIO. DE ESTE MODO NO LA PERSEGUIRIAN MAS.

JEFFERSON STERLING

ENTRO EN EE.UU. CON DOCUMENTACION FALSA. DEBIA DE CONOCER A MEL, QUE HIZO LO MISMO FALSIFICANDO DOCUMENTOS Y ANQUIS EXTENDIDOS EN ALEMANIA, PONDE LOS ARCHIVOS Y REGISTROS ANTIGUOS ESTAN DESTRUIDOS. POR ESO NO PUDO SER DESCUBIERTO EL FRAUDE. PERO JEFF LE CONOCIA, SABIA QUIEN ERA.

MIKE Y JULEY

AGENTES FEDERALES. CLARO QUE EN EL CASO NO DIJERON QUE LO ERAN. HASTA CONOCER DE QUE BANDO ACTUABA EL NO PODIAN DE NINGUN MODO CONFESAR QUE LA POLICIA ESTABA INTERESADA EN DICHO ASUNTO.

Éstos le parecieron a Henry los personajes principales del drama, basándose en lo que ya sabía. A continuación trató de fijar sobre el papel los hechos, numerándolos de la siguiente manera:

1

LOS FEDERALES SOSPECHAN DE MEL RAVENSON Y TEMEN SE TRATE DE UN ESPÍA. PERO, ¿COMO PROBARLO? HACE FALTA ALGUIEN QUE LE CONOZCA DESDE ANTES DE ENTRAR EN LOS ESTADOS UNIDOS Y QUE DECLARE SU VERDADERA IDENTIDAD.

2

OFRECEN A JEFF LA POSIBILIDAD DE DESENMASCARAR A RAVENSON A CAMBIO DE RESOLVER SU SITUACIÓN. ÉL ACCEDERÍA PORQUE ESTÁ LOCO POR LENA Y DESEA VERLA DE NUEVO. ENTRA LEGALMENTE EN LOS ESTADOS UNIDOS, PERO EN NUEVA YORK FALLECE DE MUERTE NATURAL. NO PODÍA DECIR NADA A SUS FAMILIARES HASTA CUMPLIR SU MISIÓN.

3

A LOS FEDERALES SU CADÁVER YA NO LES SIRVE DE NADA. AL CONTRARIO, ES UN SERIO COMPROMISO. SI MEL LLEGA A ENTERARSE DE QUE LE HAN PERMITIDO ENTRAR LEGALMENTE EN EL PAÍS, SOSPECHARÁ POR QUÉ Y SE PONDRÁ SOBRE AVISO. COMO CONVIENE QUE NO DESCONFIE EN ABSOLUTO, ES PRECISO QUE EL CADÁVER DE JEFF NO LLEGUE A DENVER, A SUS FAMILIARES. MEL RAVENSON SE ENTERARÁ INEVITABLEMENTE.

4

MANDAN EMBALSAMAR EL CADÁVER Y, TALVEZ POR UNA CONFUSIÓN DE UN AGENTE SUBALTERNO, LO FACTURAN A DENVER. LOS DEL F.B.I. CORREN PARA DETENERLO Y LO ALCANZAN EN CHICAGO. ALLÍ LO COLOCAN EN UN FURGÓN QUE VA A NUEVA YORK, JUNTO CON EL CADÁVER DE LA QUE CREEN ESPÍA. Y ENTONCES...

Henry sintió que palidecía y que gruesas gotas de sudor bañaban sus facciones. ¡Entonces intervenía él! ¡Se había metido en el lío más gordo de la historia policíaca de los Estados Unidos!

Guiado por un noble sentimiento, y luchando contra los que creía gentes de deseos inconfesables, había llevado hasta Denver el cadáver de Jeff. ¡Claro que allí nadie sabía nada de su muerte! Los del FBI, le estuvieron siguiendo y, al saber dónde ocultaba el cadáver lo robaron para hacerlo desaparecer. Esto corrió a cargo de Juley tal vez, mientras Mike le vigilaba a él. Luego, ambos cayeron

sobre Lena y él para que no pudiesen dar a nadie el soplo de que Jeff, vivo o muerto, estaba allí. No revelaron que eran agentes federales para no dar una pista clara a Henry, que no sabían aún por cuenta de quién actuaba. Luego entraron los de Ravenson, sospechando ya algo, pues por el barrio habían corrido ciertos rumores a partir del momento en que él se entrevistara con el tipo del bar la noche de su llegada. Y, por otra parte, al desusado movimiento en torno al caserón no les había pasado inadvertido. Encontrando a Mike y a Juley indefensos, liquidaron a uno y trasladaron a otro a casa del profesor Goldwin, torturándole para que dijera lo que buscaban. El pobre Mike confesó al fin, sabiendo por tanto Ravenson que se hallaban sobre su pista. Tal vez en este momento se asustó el profesor Goldwin y eso le costó la vida. Luego, Ravenson y los suyos habrían ido en busca del ataúd, asegurándose de lo que contenía y huyendo a toda prisa, tras raptar a Lena que era la única, fuera de él, que lo sabía todo o casi todo. Ruth había quedado unos minutos más en la casa de Goldwin para dar los últimos toques a la escena y huir por separado. En ese instante entró él. Murió la rubia, él pudo huir y llegar a la casa de Lena, enterándose de que había sido raptada. Sólo él sabía quién era el culpable probándolo, pero no podía presentarse a la policía para decirlo. Tenía que resolverlo solo.

Y ese trágico momento, ese minuto decisivo era el que estaba viviendo ahora.

CAPÍTULO XI

RÍE MUERTE, RÍE

Se levantó y pagó el coñac doble. El camarero le miró con una expresión rara.

—¿Se siente mal, amigo?

—No, nunca me he sentido mejor. Oiga: ¿dónde puedo encontrar las oficinas de cualquier compañía aérea que tenga líneas para Nueva York?

—No lejos de aquí. A dos manzanas de distancia verá una plaza. Justo a mano derecha hay una agencia de la «Pan American».

Henry dio las gracias y salió.

Como en tantas otras ocasiones, todo tenía que fiarlo a su serenidad y a su rapidez. Era evidente que la policía trataría de impedir a cualquier precio su salida de Denver, pero si él era más rápido que los polizontes, tendría ganada la partida, siquiera por el momento. De modo que fue a las oficinas de la «Pan American».

—Sale un avión dentro de tres cuartos de hora —le informaron—. Hace dos escalas y rinde viaje en Nueva York. Hay plazas de sobra.

Henry pagó su billete y se quedó solo con diez dólares en el bolsillo. Un poco más de lo que necesitaba para tomar un taxi e ir volando al aeródromo.

En éste no había demasiada vigilancia, lo que parecía indicar que la policía de Denver era endiabladamente lenta. Cuando subió al cuatrimotor, Henry se felicitó a sí mismo por lo bien que iban saliendo las cosas.

Examinó a los demás pasajeros por si alguno le parecía

sospechoso. Todos tenían un aburrido aspecto de viajeros de comercio o representantes de empresas. Había algunas mujeres, una de las cuales le guiñó un ojo. Detrás suyo justamente tenía un tipo de unos cincuenta años, gafas con montura de oro, nariz ganchuda y aspecto solemne de profesor. Nada más sentarse se puso a leer un voluminoso tratado sobre las antiguas Leyes de Comercio inglesas.

No encontrando nada sospechoso alrededor suyo, Henry se puso a dormir. Lo que en realidad hizo fue concentrar de nuevo sus pensamientos.

Trató de imaginar la actitud de los miembros de la banda al raptar a Lena. Ciertamente, y suponiendo ya que la policía iba tras sus huellas, no podían presentarse juntos en el aeródromo porque sería tanto como llamar a gritos a los agentes. Indudablemente, habían huido en su mismo coche hacia cualquier población cercana lo bastante importante para alquilar en ella una avioneta. Llegar a Nueva York en coche, aparte la endiablada fatiga del viaje, significaría una pérdida de tiempo que no podrían permitirse. Pues su recurso consistía en llegar a Nueva York cuanto antes, destruir cuantos datos comprometedores pudiera haber en la «oficina» de Ravenson, liquidar sus cuentas bancarias y emigrar con viento fresco. También llevarían encima los planos del satélite artificial del profesor Goldwin, lo que significaba mucho dinero contante y sonante una vez lo pusieran en manos del comprador que ya estaría aguardando.

Cabían dos posibilidades que Henry no podía hacer nada por evitar: que en vez de ir hacia Nueva York huyesen a las fronteras de Méjico o Canadá, y que en lugar de llevarse a Lena consigo la dejaran muerta en cualquier lugar de la ruta. Éste sólo pensamiento hizo estremecer el corazón de Henry. Y se dio cuenta entonces de cuán intensamente le trastornaba el recuerdo de la muchacha, de cuán fuertes eran los lazos que, sin poderlo evitar, le unían a ella.

El avión volaba rauda y majestuosamente sobre las tierras centrales de Colorado.

Trató de situarse en el lugar de Ravenson y su cuadrilla. Debían ya de saber muy bien que las carreteras conducentes a cualquier frontera exterior estarían sumamente vigiladas. De todos modos, lo estarían por la rutina, pues concretamente la policía no tenía cargo alguno contra ellos, al carecer de testigos vivientes. Hasta que se

descubriese su fuga —lo que significaría ya de por sí una prueba contra ellos—, tenían tiempo para alquilar una avioneta y huir incluso por las fronteras exteriores. Pero —y esto era muy importante—, Henry supuso que el comprador de los planos del satélite estaría en territorio de los Estados Unidos. Posiblemente establecerían contacto con él a través de la oficina de Nueva York, ignorando cualquier otro domicilio donde hallarle. Al menos, los compradores de secretos internacionales no suelen dar grandes facilidades a los espías que trabajan para ellos, ya que cualquier fallo de éstos habría de significar su localización y captura. Por lo tanto, Mel Ravenson y sus hombres deberían volver cuanto antes a Nueva York, aún a riesgo de que su oficina estuviese vigilada. ¿Posibilidades a su favor? Una sola, que era la rapidez. Los del FBI no darían la orden de busca y captura hasta conocer su fuga. ¿Qué podían tardar en averiguarlo? Quizá toda aquella noche. Tiempo suficiente para llegar a Nueva York en avión, despachar el asunto con su cliente y evaporarse. De todos modos, Henry calculó que su cuatrimotor llegaría mucho antes.

Pero no estaba tranquilo. Aparte el peligro que él mismo corría, todas sus conclusiones llegaban al mismo punto. Para la buena realización de sus planes, Mel Ravenson tenía que asesinar a Lena Roubens.

La ciudad estaba cubierta de niebla. Como dedos espectrales de gigantes, las torres de los más altos rascacielos eran lo único que emergía de ella.

Lloviznaba cuando aterrizaron en el aeródromo de Laguardia.

El tipo de aspecto doctoral sentado tras de Henry se había dormido. El mamotreto que tenía sobre las rodillas cayó al tomar tierra el aparato.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? —preguntó con expresión de conejo asustado.

Henry le tendió su libro.

—No ocurre nada. Sencillamente, este zarandeo obedece a que estamos tomando tierra.

—¡Ah, qué alivio! Estaba soñando que daba una conferencia y creía que... En fin, muchas gracias.

Todos los viajeros desaparecieron raudos al descender el aparato, y la única que se hizo la remolona fue la mujer que antes

guiñará un ojo a Henry. Pero al ver que éste no le hacía caso terminó por desaparecer también.

Henry, que no se fiaba de nadie, esperó, tomando un café en el bar, a que todos se hubiesen alejado. No quería correr el riesgo de que alguien le siguiese. Al fin salió, mirando recelosamente en todas direcciones. No vio nada sospechoso por los alrededores y tomó un taxi. Dio la dirección de las oficinas de Ravenson, que figuraban en la guía telefónica y que él había consultado previamente en el bar.

Se sentía tranquilo. No había visto ningún coche particular detenido a aquellas horas frente a las puertas del aeródromo. Todos eran taxis, y se había asegurado de que en su totalidad llevaban el cartelito de «libre». Nadie le estaría aguardando desde el interior de uno de ellos en espera de que saliese.

Mientras corrían por las aún desiertas calles de la ciudad, Henry se dijo que llevaría aquel asunto hasta el fin, aunque le costase la vida. No sólo tenía la obligación de salvar a Lena. Debía también reconocer que él, con su conducta impulsada por un móvil generoso, había sido el propulsor de todo aquel colosal lío. Y había de resolverlo porque, sobre cazar a unos vulgares asesinos estaba también en ello la mejor demostración de su inocencia. Palpó el revólver que llevaba en un bolsillo interior de su americana, y en el que aún quedaban algunas balas. Apretó las mandíbulas.

Las oficinas de Ravenson estaban situadas en el piso tercero de una casa de poca altura, palpó otra vez el revólver y subió escaleras arriba. El portero, un tipo de unos cuarenta años, alto y fornido, le vio subir, pero no le dijo nada.

Las oficinas consistían, al parecer, en dos habitaciones. Henry tanteó la puerta y vio que la cerradura no presentaba dificultades. Todo estaba combinado allí para no llamar la atención, para dar la sensación de una oficina corriente. Henry probó diversas llaves y tras quince minutos de forcejeo pudo abrir. Durante ese tiempo temió que cualquier mujer de la limpieza, o el mismo portero, se presentasen por allí, pero nada de esto ocurrió.

Al entrar, pudo ver que, en efecto, las oficinas constaban de dos habitaciones. Mesas de acero, armarios empotrados, teléfonos... Nada de particular. Había sitio allí para cuatro empleados y un jefe, o sea, para toda una banda. La oficina giraba a nombre de Mel Ravenson y se dedicaba teóricamente a informar a las empresas

metalúrgicas sobre el mejor aprovechamiento de los minerales básicos. Naturalmente, pensó Henry, y a pesar de que Ravenson era químico, no debía tener un solo cliente. Su negocio era otro mucho más productivo que la asesoría técnica de industria e incluso que el asalto a mano armada de Bancos y oficinas. Consistía en la moderna tarea de procurarse secretos militares, que abundaban en los Estados Unidos, y venderlos a quien los pagara bien. Algo así como pescar en un río peligroso y vender luego los peces. Pescar en un río de sangre.

Henry registró mesas y cajones, sin hallar nada de interés. Se disponía ya a aguardar, pacientemente cuando le interrumpió una voz a su espalda:

—Levante las manos.

Henry obedeció, volviéndose.

El que le amenazaba era el portero. Pero ahora ya no lo parecía. Vestía un traje de calle y destacaban sus facciones astutas, sus ojos brillantes. En su mano derecha empuñaban un revólver.

Henry comprendió. Y sonrió con un poco de admiración, porque la tramoya estaba admirablemente montada.

—Usted es el comprador —dijo—. Usted esperaba aquí la mercancía. No corrían ningún riesgo para avisarle, mientras Ravenson estuviese ausente, al ser usted mismo el encargado de recoger la correspondencia para las oficinas. Le bastaba retirar aquellas cartas o telegramas que tuviesen en el nombre una falta especial, ya convenida. Desde su puesto sabía siempre si a Ravenson lo vigilaban o no, podía alzar el vuelo en un momento de peligro y al mismo tiempo no era sospechoso a nadie. Apuesto a que no lleva más de tres meses en este empleo. Apuesto a que...

—¡Cállese!

El hombre levantó un poco el revólver, entrecerrando los ojillos. Henry comprendió que iba a morir. Comprendió que aquél era el instante decisivo.

Se lanzó sobre el hombre con un rugido, mientras la detonación restallaba. La bala le arañó la mejilla haciéndole sangrar, y fue a clavarse en el techo. Su enemigo y él rodaron por el suelo. Henry logró proyectarle contra la pared con ambas piernas, aunque no pudo conseguir que soltase el revólver.

La vida fue del más rápido. Henry aún tenía que sacar su

revolver, pero el otro estaba momentáneamente aturdido. Dispararon los dos casi a la vez, con unos segundos de diferencia. La bala de Henry atravesó el corazón de su enemigo.

Se volvió al oír el «clic» fatídico a su espalda delator de que alguien acababa de montar otro revólver. Como un gato rabioso dio varias vueltas sobre sí mismo, mientras las balas arañaban el pavimento. En una de las vueltas vio a Mel Ravenson, las facciones crispadas por el odio, disparando. Apretó el gatillo él también y vio cómo el otro saltaba. Fue un salto extraño, grotesco casi. Cayó de bruces al suelo. Henry disparó dos veces más, pero el martillo saltó sobre recámaras vacías. ¡No le quedaba una sola bala!

Vio cómo Mel, volviéndose, levantaba el revólver. Vio sus ojos turbios, su boca torcida... Y de repente, aquella boca se abrió un poco más en un espasmo. El arma cayó de la mano del espía, cuyos dedos habían quedado rígidos. La última bala de Henry acababa de producirle aquella muerte retardada.

Henry Wore miró entonces a la muerte. La miró con ojos serenos, impasibles. Dos hombres más habían aparecido en la puerta y los dos empuñaban pistolas automáticas. En los brazos de uno de ellos, empleada como coraza, se debatía Lena Roubens. Pero Henry ya no tenía más balas.

Los hombres se acercaron. Quedaron quietos en el centro de la pieza.

—Primero a éste —indicó uno de ellos—. Luego la chica. Ya no nos sirve de protección. Hay que darles en la cabeza. Henry se puso en pie poco a poco. No quería morir tumbado en el suelo, como un perro.

—Lo siento, Lena —dijo en voz baja—. Nunca hubo en mí mala intención. Y lo siento doblemente cuando he encontrado en ti la mujer de mi vida. Ahora que voy a morir.

Le mostró sus manos abiertas, manchadas de sangre.

—Perdóname.

Ambos individuos levantaron sus armas, apuntándole. Henry miró fija, serenamente, aquellos ojos por donde le iba a llegar la Muerte.

Los dos disparos retumbaron en la estancia.

¿Pero qué sucedía? ¿Por qué Henry no sentía dolor? ¿Por qué aquellos hombres se encogían, sacudidos por espasmos?

Otros dos disparos retumbaron. Y entonces se dio cuenta Henry de que las balas habían astillado los cristales de la ventana y de que los disparos habían sido hechos desde otra ventana de un ala lateral del edificio, escasamente a diez yardas de distancia.

Los dos forajidos cayeron pesadamente, alcanzados en la cabeza. Henry, sin darse cuenta siquiera de que una especie de milagro le acababa de salvar, recogió en sus brazos a la aterrorizada Lena. Su abrazo los unió, los fundió en un solo cuerpo.

—¡Hmm! ¡Encantadora e instructiva escena!

Henry se volvió. El «viejo profesor» estaba en la puerta, sosteniendo aún en su mano derecha una pistola grande como una maza de artillería. Bajo su brazo izquierdo llevaba todavía el mamotreto sobre Derecho Mercantil inglés.

—Pero... —balbució Henry—. ¡Si ustedes se marcharon antes! —dijo «se marcharon» al ver, para mayor sorpresa, que la mujer que le guiñara el ojo iba tras el profesor, con otra pistola en la mano—. ¡Si, me fijé además, en que ningún taxi estaba ocupado! ¿Cómo lo hicieron?

—¿No puede un agente del que no hace mucho bulto, ocultarse en el interior de un taxi y obligar al conductor a que mantenga el «libre» puesto? —rió el «profesor»—. No somos tan tontos, amigo. Si le dimos facilidades para que saliera de Denver fue con la intención de que nos llevara hasta la banda. Yo tenía la misión de seguirle, y la señorita de distraerle alejando mi respetable persona de todas sus sospechas. ¿Satisfecho del resultado?

Henry suspiró. Estaba cansado. Mejor: estaba deshecho. Se acercó a los agentes, ofreciendo sus manos para que lo esposasen.

—Sé que no me creerán, pero todo esto me ocurre simplemente por querer cumplir con una de las obras de misericordia: Dar adecuada sepultura a los muertos.

El «profesor» rió.

—Nos hemos informado, mi amigo. En realidad, no le hemos perdido de vista desde que llegó usted a Denver. Y sus intenciones nos parecen ahora muy claras. Y oiga, mi amigo: ¿por qué pierde usted su tiempo en el «News Times»? ¡Véngase al «Chicago Tribune», uno de cuyos principales accionistas es hermano mío!

Henry sintió como si una avioneta de marcha suave, suave, le llevara blandamente hacia el cielo. Como si todo él navegara por el

éter sobre un colchón de plumas impulsado por el soplo de la felicidad.

—Tengo antes que presentarme a William Cox, mi viejo jefe —dijo—. No le unían relaciones cordiales con su hija, pero habrá sentido lo ocurrido. Y yo debo explicárselo.

—Está bien, vamos a hacerlo ahora —declaró el «profesor»—. Tengo el taxi abajo. Tú, preciosa, quédate hasta que vengan los de la Brigada. ¡Ah, toma este antiguo Tratado de Leyes Mercantiles inglesas para entretenerte! ¡Es muy instructivo!

La mujer lanzó un bufido y cazó al vuelo el mamotreto. Luego se puso a registrar los cadáveres de un modo maquinal, indiferente.

Henry, Lena y el «profesor» salieron disparados en el coche hacia la redacción del «News Times», donde probablemente aún podrían encontrar a Cox. Se detuvieron frente a la puerta. Pero al ir a bajar, Henry se vio acometido por un tipo pequeño, pegajoso e irritado: ¡Isaías Patoken!

—¡La policía aún no me ha devuelto el ataúd! —chilló el hombrecillo—. ¡Y ahora que está aquí no le dejaré escapar, después de haberle esperado tanto! ¡Devuélvame mi ataúd! ¡Devuélvame o págueme seis mil dólares!

El «profesor» tiró de la manga de Henry y lo introdujo de nuevo en el coche.

—¡Atiza! ¡En buen lío iba a meterse ahora! ¡Después de llevarnos a nosotros por la buena pista del asunto y después de perdonarle todas las molestias que, sin querer, nos ha ocasionado, resulta que le persigue alguien más! ¡Deje a ese hombre chillar! ¡Ahora ya está resuelto el caso y podremos devolverle su obra de arte! ¡La persona a quien va destinado no lo necesita aún!

Ordenó al chofer que arrancase cuanto antes.

—Bueno, mi amigo. Y ahora, ¿dónde quieren que les lleve? Verá, tengo una idea: Otro de mis hermanos trabaja en la oficina de licencias matrimoniales y...

Henry miró a Lena Roubens. Ella le estaba mirando también.

—Les advierto que lo de dar esa mala noticia al pobre Cox no corre tanta prisa... —sugirió, cándidamente, el «profesor».

Lena entreabrió los labios. Todo su dolor contenido, toda su angustia de las últimas horas pareció disolverse ahora en la media sonrisa que los adornó. Una media sonrisa que se abría a la

esperanza.

—Sí —dijo nada más, débilmente.

Y Henry no se opuso, ¡claro que no! Además, por primera vez en bastante tiempo, iba en un taxi que no tendría que pagar y sin necesidad de mirar hacia atrás por si alguien le seguía.

FIN



La muerte con su invisible guadaña, aguardaba el paso de Croy Malcolm pacientemente. Pero una serie de circunstancias imprevistas, hicieron víctimas de la inexorable Parca a personas ajenas a aquel tenebroso asunto

¡Muerte en la pista de ceniza! ¡Muerte en la obscuridad de un cine! ¡Muerte en la vía pública!
Personas inocentes, víctimas de peligros insospechados, porque

Nadie elige su suerte

Tal es el título que el famoso autor

Charles Mitchell

ha dado a su más vibrante y formidable novela
Un relato de trepidante emoción, en el que se entrecruzan violentas aventuras y apasionantes misterios

Nadie elige su suerte

es otro éxito de la popular

COLECCION SERVICIO SECRETO

que podrá usted leer la próxima semana

Precio de venta: 5 ptas

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

420 — J. de Cárdenas
ORO EN LAS ROCOSAS

COLECCION "BUFALO"

117 — Sam Fletcher
TRADICON AVENTURERA

COLECCION "CONGO"

11 — Alar Benet
CONTINENTE NEGRO

COLECCION "PANTERA"

54 — Fidel Prado
DONDE LA FUERZA ES LA LEY

COL. "SERVICIO SECRETO"

284 — Silver Kane
DEVUELVANME MI ATAUD

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"
COCINA ESPAÑOLA

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

479 — María Nieves Grajales
NUNCA

COLEC. "MADREPERLA"

375 — María Esperanza Neyra
EL ALMA ESCLAVA

COLECCION "ROSAURA"

319 — María Lar
TU NO ERES UNA EXTRAÑA

COLECCION "AMAPOLA"

205 — Agatha Mor
NICOLE

COLECCION "ALONDRA"

158 — Luis Masota
NUESTROS CORAZONES

COLECCION "CAMELIA"

99 — María Dolores d'Aracyl
AZÚCAR Y ROSAS BLANCAS

COLECCION "ORQUIDEA"

69 — Corín Tellado
OTRA MUJER EN SU VIDA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona Hipólito Irigoyen, 645 - Buenos Aires



Como esta escena, hallará usted otras mucho más emocionantes todavía en el número 24 de la modernísima serie

BISONTE GRAFICO

¡Páginas enteras de acción al rojo vivo en el escenario más salvaje del Oeste americano!

BISONTE GRAFICO

Publica quincenalmente, en cada uno de sus formidables cuadernos ilustrados, el siguiente contenido:

- UNA AVENTURA LARGA COMPLETA
- Un episodio de "EL CAPITAN O'DARE"
- y la sección instructiva, de alto valor documental
- A TRAVES DE LA HISTORIA DE NORTE-AMERICA

¡Cada cuaderno sólo cuesta 1'25 ptas.!

Adquiera hoy mismo sin falta, el número 24 de

BISONTE GRAFICO

De venta en quioscos y librerías

*Si usted hace deporte...
¡le urge conocer todo
lo relacionado con la
capacidad vital del or-
ganismo! Sólo cono-
ciendo su decisiva in-
fluencia podrá mante-
nerse permanentemente
en forma!*



Para ello, le recomen-
damos este utilísimo
volumen:

NI GORDOS NI FLACOS

a través de cuyo interesante contenido hallará usted los más infalibles procedimientos para engordar o adelgazar sin peligro alguno, cómo conservar el equilibrio vital, cómo y dónde debe hacer gimnasia, etcétera, además de los siguientes artículos: ¿Son incurables las enfermedades cardíacas? — ¿Cómo es el estómago humano?

¡Y otros muchos más, de apasionante interés!

NI GORDOS NI FLACOS

No deje de adquirir este magnífico volumen, publicado ya por la

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

DE NO HALLARLO EN SU LOCALIDAD, SOLI-
CITELO A:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



COLECCION PRACTICA

*ofrece a usted, en su
número 20, este intere-
santísimo volumen:*

PARA SER ESCRITOR

Merced a su contenido, amigo lector, podrá usted adquirir los conocimientos necesarios para ver convertida en realidad su ilusión de ser escritor, dominando todo lo relacionado con la técnica de escribir: interés y originalidad, el vigor de las imágenes, desarrollo de los temas, etc., sin lo cual no es posible llegar a la meta que usted se propone

PARA SER ESCRITOR

No deje de adquirir este libro que pensando en usted ha publicado la famosa

COLECCION PRACTICA

Precio de venta: 5 ptas

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡UN LIBRO INOLVIDABLE!



¡El mayor éxito literario de los últimos años en
Estados Unidos!

¡La más sensacional película realizada últimamen-
te en Hollywood!

NO SERAS UN EXTRAÑO

La obra cumbre de *Morton Thompson*, que ha per-
manecido durante 18 meses a la cabeza de los
bestsellers norteamericanos

¡Una ocasión única para usted!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

Precio: 100 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares

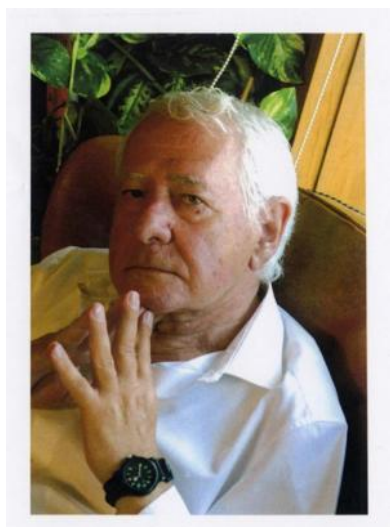


EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España



Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en

2007-08

el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a Sombras viejas. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en El Correo Catalán y, más tarde, en La Vanguardia, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica Los Napoleones y en 1983 El expediente Barcelona, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con Crónica sentimental en rojo y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.